

¿Y ahora qué? / Dilemas del peronismo renovador / Debate sobre el radicalismo / Sindicatos y gobierno / El ciclo alfonsinista / Cuestión militar y derechos humanos / Modales de la civilización occidental / El tiempo de la democracia

La herencia de la revolución francesa
y la cultura política de la izquierda

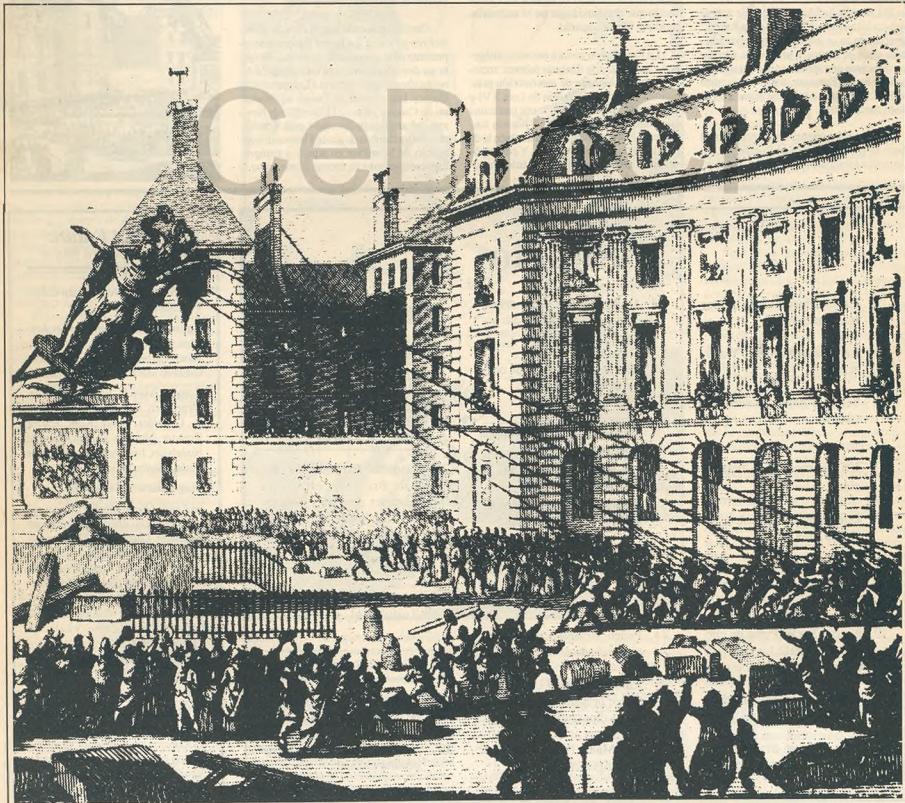
Macchi / Buffano / de Ipola / Grossi / Sarlo / Vezzetti / Franzé / Godio / Ortiz
Caldelari / Boffa / Cerroni / de Giovanni / Totaro / Veca / Brieger / Bozza / Perez Gay
Driben / Barcellona / Marimón

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 17-18, junio/septiembre 1989 ▲ 1.000.-



Para ilustrar la ilustración

Carlos Macchi



A Igunos historiadores, animados quizás por una generosa vocación pasteurizadora, han bautizado al siglo XVIII como el de la Ilustración. Este término, una traducción no demasiado acertada del alemán *Aufklärung*, lejos de aclarar nuestra lectura sobre "el siglo de la Razón", ha opacado en su simplicismo una contradicción serie de estilos y principios, ideas y movimientos que convivieron en el siglo de la Revolución Francesa, desde los escritos de Winckelmann hasta el comienzo del período romántico.

Así se nos presenta con frecuencia al Rococó, el Neoclásico y el Romántico como estilos antagónicos y disjuntos, pares o-

denados en donde el segundo es explicado y justificado como reacción a un primero. Esta reducción desconoce el hecho de que distintas manifestaciones artísticas se superpusieron hacia fines del siglo XVIII, olvidando que el mismo lugar no es necesariamente el mismo espacio.

La Revolución tomó entonces imágenes y emblemas de distintas fuentes, recorriendo en sus alegorías de resurrección principios comunes a la Francia de Luis XVI y Robespierre. De este modo se teje una trama que entrecruza viejos mitos y nuevas lenguajes. La Europa de David es también la de Rowlandson, Walpole y Goya. Y en la oposición de estilos se ocultan elementos en co-

mún, sin percibir que aquellos no son más que distintas visiones de una misma realidad, distintas respuestas a acontecimientos y vivencias sin duda compartidas. En la Francia de 1789 el hiperclasicismo de David, su heroicidad purificadoras actualizada en la figura de Marat y los revolucionarios, se equilibra con el hiperromanticismo de la caricatura y la estampa popular, compartir observaciones con el naciente romanticismo. Si bien los principios temáticos del arte neoclásico funcionan a la perfección en la República, es erróneo pensar que la virilidad del Rococó se haya sepultado bajo algunos kilos de ladillo pompeyano. Desplazada en lo pictórico, pervive en la literatura popular y los dibujos picarescos, postales y estampas.

Ciertamente, el romanticismo y el neoclasicismo no participan de los mismos objetivos ni técnicas, pero también es cierto que bajo las visibles diferencias formales entre ambos, se extiende un delgado hilo temático.

La muerte, adjudicada como patrimonio exclusivo a los románticos, está igualmente presente en la obra de un David.

Esto es evidente tanto en *Marat asesinado*

como en *La muerte de Sócrates*. Pero lo es

también en *El juramento de los Horacos*,

en donde esta muerte es anticipada por el dolor de las mujeres y un padre más preocu-

pado por la victoria que por sus hijos: la muerte es aquí una contingencia.

Otro tanto sucede con la obra de Canova *Eros y Piscis*. La figura femenina se representa en el acto mismo de morir, sólo para ser devuelta a la vida en un contacto divino, un abrazo que contraría a Quatremère de Quincy. Las pinturas de David, las esculturas de Canova y hasta el Cenotafio de Newton, del arquitecto Etienne-Louis Boullée, revelan un cambio de actitud frente al sentimiento de la muerte en aquellos tiempos. Este cambio pone en escena libros como el

Vicq d'Azyr, editado en 1778. Allí se sustituyen las explicaciones sobrenaturales por otras más "científicas" en términos de higiene y más a tono con la época.

Ante todo este gélido arte declamatorio del neoclasicismo, la caricatura ofreció como una necesaria compensación. El propio David prácticamente como arna funcionalista que generó iniciado por Hogarth en la primera mitad del siglo. Los *cartelones de ciego*, las *alegorias* y las *imágenes de Epinal*, viñetas populares del 1700, inauguran una narrativa que dará vida un siglo más tarde a la historia. Thomas Rowlandson, otro mordaz caricaturista, retrata los exteriores de Strawberry Hill, residencia neo-gótica del pintoresco Horace Walpole. Este inglés amante del romancero medieval, publica en 1764 *El castillo de Ortranto*, novela que establece los lugares comunes y obligados de la literatura del terror entre criptas, cadenas y armaduras.

No hace falta aclarar que esta obra no figura en la Encyclopédie de Diderot y d'Alembert.



Sumario

2 Carlos Macchi: Para ilustrar la ilustración

3 La Ciudad Futura: ¿Y ahora qué?

4 Sergio Bufano: La vuelta de página

Un balance de la transición

5 Emilio de Ipola: Entre la pena y la sádica

7 María Grossi: Apuntes para un debate sobre el radicalismo

10 Beatriz Sarlo: Punto de giro Hugo Vezzetti: Lo viejo y lo nuevo

11 Javier Franzé: De condenas, mitos y excusaciones

12 Julio Godío: Sindicatos y gobierno en la transición

14 Guillermo Ortiz: La democracia como el peor de los pechos

16 María Calderari: ¿Qué ocurre en el CONICET?

La herencia de la revolución francesa y la cultura política de la izquierda

17 Massimo Boffa: ¿Quién teme al '89?

19 Umberto Cerroni, Biagio de Giovanni, Francesco Tottaro y Salvatore Veca: El sueño de un nuevo ciudadano

23 Pedro Brieger: Nicaragua: en el 10º año de la revolución

24 Alberto Bozza: El antisemitismo, la historia y la cólera de los dinosaurios

26 José María Pérez Gay: Una sociología en el exilio

Lelia Driben: Chagall, el pintor errante

28 Sergio Bufano: La vuelta de página

Libros

29 Ludolfo Paramio: El debate Brenner: estructura de clases agrarias y desarrollo económico en la Europa preindustrial, por T. H. Ashton y C.H.E. Philpin, comps.

José Aricó: Latinoamérica. Análisis, testi, dibattiti.

Ensayo

30 Pietro Barcellona: El tiempo de la democracia

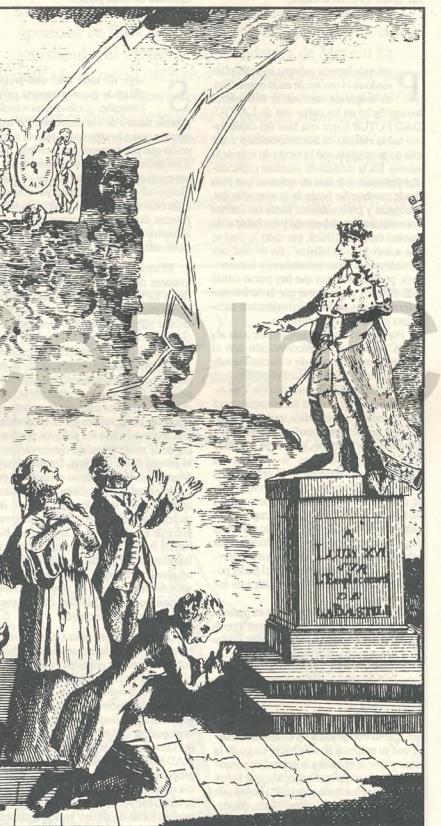
Nº de Registro de la Propiedad intelectual: 150268. Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flete aéreo: u\$s 30.- Cheques y giros a la orden de Armando Martín Jáuregui.

¿Y ahora qué?

La Ciudad Futura se ha convertido en una especie de periódico de información social y política. Su contenido se ha diversificado y se ha hecho más amplio. Se han añadido secciones como la cultura, la economía, la política, la sociedad, la ciencia y la tecnología. Se han incluido artículos de opinión, entrevistas, reportajes, columnas y secciones de humor. Se han hecho cambios en el diseño y la tipografía. Se han mejorado las imágenes y los gráficos. Se han añadido más páginas y se ha aumentado el tamaño del periódico. Se ha hecho un trabajo de investigación y análisis para proporcionar información precisa y relevante. Se ha buscado una mayor interactividad con el lector, mediante la inclusión de encuestas, debates y foros. Se ha tratado de hacer que el periódico sea más accesible y fácil de leer. Se ha hecho un trabajo de diseño y producción que busca una mayor calidad y profesionalidad.

La Ciudad Futura se ha convertido en una especie de periódico de información social y política. Su contenido se ha diversificado y se ha hecho más amplio. Se han añadido secciones como la cultura, la economía, la política, la sociedad, la ciencia y la tecnología. Se han incluido artículos de opinión, entrevistas, reportajes, columnas y secciones de humor. Se han hecho cambios en el diseño y la tipografía. Se han mejorado las imágenes y los gráficos. Se han añadido más páginas y se ha aumentado el tamaño del periódico. Se ha hecho un trabajo de investigación y análisis para proporcionar información precisa y relevante. Se ha buscado una mayor interactividad con el lector, mediante la inclusión de encuestas, debates y foros. Se ha tratado de hacer que el periódico sea más accesible y fácil de leer. Se ha hecho un trabajo de diseño y producción que busca una mayor calidad y profesionalidad.

y la necesidad de un cambio, que podría haberse acometido en 1985, cuando el ex presidente convocó a una "economía de guerra" entre el desorden general y más cuándo meses después lanzara el Plan Austral, el intento más serio para superar la crisis. No hubo entonces perseverancia, y la ocasión se perdió en circunstancias que hubieran sido menos dolorosas, pues todavía la dualización de nuestra sociedad no había alcanzado los trágicos niveles de hoy.



La Ciudad Futura
B. Mitre 2024 - 1º (1039) Tel. 953-1581
Dirección: José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula.
Consejo de Redacción: Javier Artigues, Sergio Bufano, Javier Fransé, Julio Godío, Antonio Marimón, Gustavo Mérino, Guillermo Ortiz.
Comité Asesor: Emilio de Ipola, Jorge Dotto, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán, Héctor Leis.
Diagramación: Laura Rey.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo Nº 177, Sucursal 12, (1412), Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albaracín 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Río IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinfín, Saavedra 710, Cap. Fed. Distribuidor en librerías: Punta Sur, Julio A. Roca 751, 4º C, Cap. Fed.

Este tema de la reconversión del capitalismo ha sido colocado explícitamente sobre la mesa del debate nacional en los últimos años y cabe decir que ese fue uno de los méritos del gobierno anterior. LA CIUDAD FUTURA insiste muchas veces sobre la cuestión, convocando a la izquierda democrática a discutir un examen de las formas perversas en que se había planteado la relación entre capitalismo y estado en nuestra sociedad en las últimas décadas. No rechazamos, por lo tanto, la pertinencia del objetivo trazado en las leyes de reforma del estado y de emergencia económica, más allá de algunas limitaciones y aun peligros que ello pudiese traer.

El modo de regulación del capitalismo

argentino que emergiera y se consolidara entre 1930 y los años sesenta ha entrado en descomposición desde mediados de los setenta y hemos dicho insistente que nos parecía por lo menos ingenuo querer superar esa decadencia con un retorno mitico al pasado. Sabemos también que esa transformación implica ajustes y que estos tienen consecuencias para la economía. Así es que el paso desde febrero de este año esa desregulación llegó a extremos mucho más graves, los que fueron ya terminales durante el transito electoral.

La hiperinflación, que llegara en julio a su clímax y cuyas consecuencias perduraron por mucho tiempo en nuestra trama social y cultural, desnudó el fin de una época

de estabilidad y crecimiento económico. La Ciudad Futura se ha convertido en una especie de periódico de información social y política. Su contenido se ha diversificado y se ha hecho más amplio. Se han añadido secciones como la cultura, la economía, la política, la sociedad, la ciencia y la tecnología. Se han incluido artículos de opinión, entrevistas, reportajes, columnas y secciones de humor. Se han hecho cambios en el diseño y la tipografía. Se han mejorado las imágenes y los gráficos. Se han añadido más páginas y se ha aumentado el tamaño del periódico. Se ha hecho un trabajo de investigación y análisis para proporcionar información precisa y relevante. Se ha buscado una mayor interactividad con el lector, mediante la inclusión de encuestas, debates y foros. Se ha tratado de hacer que el periódico sea más accesible y fácil de leer. Se ha hecho un trabajo de diseño y producción que busca una mayor calidad y profesionalidad.

ción social, la democratización de la economía y la participación y la organización comunitaria?", se pregunta Alvarez, rememorando tópicos que estuvieron entre los levantados por el peronismo renovador y a los que, con razón, se resiste a ver sepultados.

Hay razones más de fondo para criticar la defensa renovadora y reclamarle a sus dirigentes que retomen la inspiración y los propósitos que estuvieron en los orígenes de esa corriente. En estos momentos —fines de julio de 1989— el modelo neocoonservador de salida de la crisis económica y de recomposición capitalista que ha puesto en marcha el gobierno menemista está generando residencias cada vez menos sordas. Las formas en que se procesan esas resistencias —lo sabemos— no pueden dejar indiferente a quien conciba a la política, entre otras cosas, como un ejercicio de la responsabilidad. La vigencia no ideológica sino concreta de los tópicos que Alvarez evoca exigirá una convergencia de fuerzas y propuestas progresistas que canalizadas pacíficamente en la oposición, le otorgue viabilidad y eficacia e impida que se traduzca en iniciativas violentas y en actos de rebeldía caóticos que suelen, en estos países, la inmediatez anatema de una reversión autoritaria —en particular, de la reversión autoritaria de los difíciles procesos de democratización por los que atravesaron varios países latinoamericanos—. No soy capaz de prever la figura concreta que asumiría, de darse, tal convergencia, pero estoy seguro de que la ausencia en ella del peronismo renovador sería un hecho sumamente deplorable.

Sé que ha dicho muchas veces que uno de los handicaps políticos más notorios de que

adolece el peronismo es, cuando está en el gobierno, el de tener casi sistemáticamente a transferir sus conflictos internos, que raramente son níminos, al seno mismo del Estado. Esto ya ocurrió en vida de Perón, pero la autoridad del caudillo bastaba para neutralizar o limitar los efectos negativos de esa tendencia; como es sabido, la característica más visible y catastrófica del gobierno de Isabel Martínez fue por el contrario su inremediable impotencia para controlar esos conflictos. Ahora bien, si la Renovación no pudo eliminar ese déficit (imposible hacerlo de la noche a la mañana), precisa es reconocer que, a través de un conjunto de decisiones tendientes a democratizar y dar la mayor transparencia posible al funcionamiento del partido, y cuya manifestación exemplar, a la que aludí antes, fué la realización de elecciones directas para elegir a los candidatos a presidente y vicepresidente de la Nación, dicha corriente inició un movimiento de rectificación interna extremadamente auspicioso —y coherentemente, además, con lo más auspicioso renombradamente ideológico—. En la misma óptica deben leerse las iniciativas renovadoras —muy criticadas entonces— de redefinir la relación entre el partido y la CGT y, más generalmente, entre lo político y lo corporativo.

La Renovación pudo así aparecer, y será bueno que reapareciera, como una tendencia política democrática especialmente calificada para captar la modalidad específicamente argentina de la relación "estados-partidos-corporaciones" y proponer fórmulas novedosas para conciliar el principio de ciudadanía —donde se confinó tradicionalmente el radicalismo— y el juego de intereses encarnado en las corporaciones —privilegiado hasta extremos riesgosos por el pe-

ronismo clásico—. De allí el papel valioso que la Renovación podría desempeñar en un futuro que, de continuar el proceso político en la línea marcada por la "reconversion" menemista, llevará probablemente a nuevos e inéditos reagrupamientos políticos en aras de una opción, y una oposición, democráticas y progresistas. Eso, sin duda, requerirá audacia. Menem ha mostrado que la tiene en abundancia y lejos estoy de pensar que ese sea uno de sus defectos. Quizás el peronismo renovador esté destinado a extinguirse. Personalmente, no creo en ese destino, pero si así fuera, que ello no ocurrira porque haya perdido repentinamente la voluntad de vivir, la lucidez, y la imaginación política de que hizo gala hasta no hace mucho tiempo.

Al decir esto último, no me estoy arrojando no sé qué derecho a "iluminar" a los militantes renovadores. Sólo me limito a reafirmar el deseo de que el proyecto que dio vida a la Renovación —y todo que el espectro democrático argentino saludó en su momento con beneplácito— renazca, se afiance y se desarrolle. Me resisto a aceptar que la síntesis política efectiva entre los valores nacional-populares y los valores democráticos, intentada con dificultades pero también con convicción por los peronistas renovadores, sea una empresa imposible o vana. Existen sin duda varios proyectos políticos válidos, o al menos promisores, en la Argentina. Pero esa síntesis —a la vez válida y preciosa— no puede ser llevada a cabo sin la presencia protagónica de la Renovación. Solamente quien esté encogido por el resentimiento o el sectarismo, un partidario del general Bussi, de José Stalin o de Aleria Nacional, un promotor de censuras y de amnistías, un entusiasta del mercado libre con Estado de Sitio, un escritor de la revista "balilla" jotaque, en resumen, un enemigo solapado o abierto de la demo-

cracia, puede tener que revivir las potencialidades hoy injustificadamente adormecidas del proyecto renovador y desechar su definitiva caducidad.

NOTAS

¹ Poco antes de esas elecciones escribió un artículo en el que, junto con algunas críticas, expresaba mi deseo y mi esperanza de que la experiencia renovadora fructificase y se consolidara (*de Ipolata*, 1987: 333-374). Algunos meses después de ese texto, aún sin conocimiento juzgado, expusiera mis ideas en la memoria —por ejemplo, Luis Alberto Quevedo (1988) y Vicente Palermo (1988), otros, menos felices, se desearon, con variadas muestras de suficiencia y quizás ilatitud, a corroborar en los hechos cada una de mis críticas de entonces a la Renovación. Sobresalieron en esa empresa Mario Wainfeld (1988) y Hugo Chumbi (1989).

² Poco antes de publicar los artículos del número que la revista UNIDOS dedicó al triunfo de Menem en la interna y al fenómeno menemista en su conjunto quisimos que quedara claro que aprecio y valoro la decisión de sacar a la luz sin autocuestiones los errores cometidos.

BIBLIOGRAFIA

- Hugo Chumbi: "El significado democrático de la evolución del justicialismo 1983-1989" en VV.AA. *El futuro de la democracia en Argentina*. Barcelona, Fundación Rafael Campanllas, 1989.
- Emilio de Ipolata: "El difícil apuesta del peronismo democrático", en *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina* (J. Nun y J.C. Portantiero, eds.), Buenos Aires, 1987.
- Luis Alberto Quevedo: "Recensione di: 'Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina' (J. Nun y J.C. Portantiero comp.)", en *Punto de Vista*, núm. 32, Buenos Aires, abril-junio de 1988.
- Unidos, núm. 19, Buenos Aires, octubre de 1988.
- Mario Wainfeld: "Un realismo oficioso", en *Crisis*, núm. 59, Buenos Aires, abril de 1988.

Novedades del Fondo

José Luis Romero
La experiencia argentina

César Paternosto
La escultura inca
Una visión contemporánea

Gertrude Himmelfarb
La idea de la pobreza

Giórgos Séferis
El estilo griego I.
K. P. Kaváfis / T. S. Eliot

J. David Bolter
El hombre de Turing



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Suipacha 617, 1008 Buenos Aires.
Te.: 322-7262/322-0825/322-9063

Editorial PAIDOS

ESTADO Y SOCIEDAD

G. O'DONNELL, P. SCHMITTER Y L. WHITEHEAD: *Transiciones desde un gobierno autoritario*
1. Europa meridional
2. América latina
3. Perspectivas comparadas
4. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas

PAIDOS COMUNICACIÓN

M. RODRIGUEZ ALBINA: *La construcción de la noticia*
L. VILCHEZ: *Manipulación de la información televisiva*
J. TUSON: *El lúo del lenguaje*

INSTRUMENTOS PAIDOS

M. DE MARINIS: *El nuevo teatro, 1947-1970*

PAIDOS ESTÉTICA

P. FRANCATELLI: *La realidad figurativa. I. El marco imaginario de la expresión figurativa*
La realidad figurativa. II. El objeto figurativo y su testimonio en la historia

GRUPOS Y ORGANIZACIONES

J. ETKIN Y L. SCHWARTZSTEIN: *Identidad de las organizaciones. Invariancia y cambio*

NARRATIVAS DE HOY

JOHN FANTE: *Espera a la primavera*, Bandini
STANLEY ELKIN: *El no va más*
TOBY OLSON: *La vida de Jesús*
JOHN FANTE: *Pregúntale al polvo*

De partido de gobierno al gobierno del presidente

Apuntes para un debate sobre el radicalismo

María Grossi

E scribir hoy sobre el futuro político de la Argentina es una tarea azarosa. El país vive la crisis económica más grave de este siglo con sus inevitables consecuencias sobre la organización social. Pero ésta no parece ser solamente una crisis de coyuntura sino también una crisis estructural del modelo de acumulación. Sus síntomas fueron, además, sin duda potenciados y agravados por la coyuntura político electoral y por la acción de los sectores que trataron de aprovechar el momento para redifundir favorablemente la correlación de fuerzas. A la incertidumbre propia de la transición se agrega hoy la perplejidad frente a la crisis y frente a la inversión de signo con que son retomadas propuestas de cambio presentes en 1983 y que se frustraron en esos casi 6 años del gobierno de Alfonsín. Lo vedoso en 1983 no fue sólo que el radicalismo derrotara al peronismo, por primera vez en elecciones abiertas y competitivas, sino que lo hiciera con una propuesta popular y progresista que abría —quizás por primera vez en la Argentina contemporánea— la posibilidad de democracia con propuestas de transformación sociales.

La recuperación de los orígenes populares del radicalismo yrigoyenista fue enmarcada en un proyecto de consolidación y (re)creación de instituciones democráticas, de vigencia de un sistema de partidos (condición para ésta consolidación), de garantías de las libertades individuales y colectivas así como de condiciones dignas de soberanía para todos los argentinos. Tarea sin duda difícil en una Argentina corporativa donde la pujía distributiva salvaje remplazó siempre a la política, donde un capitalismo subdesarrollado, prebendario y especulativo eludió el riesgo de la actividad productiva, donde el estado fué perdiendo progresivamente autonomía y capacidad de formular e implementar políticas. La sociedad y el sistema político emergían del silencio, las expectativas eran muchas y sobrepasaban probablemente la capacidad de cualquier sistema político para satisfacerlas.

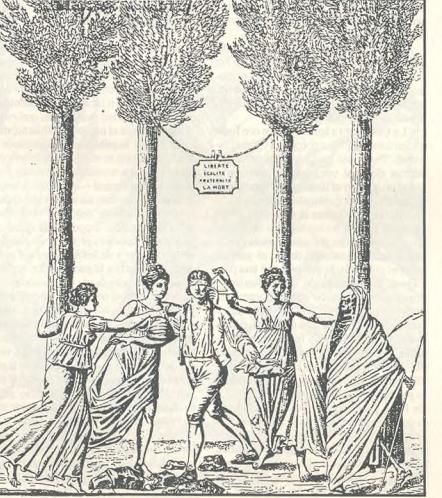
Si se tratara solamente de pensar las perspectivas del partido radical a la luz de los resultados electorales, la evaluación debería ser más bien alentadora para un partido que en una coyuntura económica muy difícil lo logró más del 30% de votos. La derrota del 89 es relevante no respecto de los casos de otros partidos de gobierno en situación de transición sino respecto de las posibilidades abiertas en el 83. Es frente a estas posibilidades que el balance se vuelve drástico, porque se refiere más a la UCR como gobierno que como partido. Los proyectos de reforma se fueron esfumando así como los exílos de las principales economías que siguieron a la adopción del Plan Austral. Alfonsín termina aparentemente su mandato en medio de la parálisis del gobierno, del partido y con una hipériflación que amenaza (y amenaza aun) provocar situaciones de anomia y estallidos sociales violentos. El marasmo que se fue "apoderando" del gobierno y su derroche final contribuyeron a opacar algunos saldos positivos entre los cuales, sin duda, el más importante fue la transparencia pacífica de un go-

bien constitucional a otro.²

El debate y las recomposiciones que esas elecciones desencadenaron en el interior de los partidos mayoritarios, en la medida que no se limitan a la pugna interna por el poder, concernen al conjunto de la sociedad. Esto es particularmente cierto respecto del radicalismo sobre quien recaería, como principal partido de la oposición, la difícil tarea de ayudar a mantener el precario equilibrio del sistema político y al mismo tiempo elaborar propuestas alternativas. El sentido de estas notas no es otro que el de lanzar algunas ideas para la discusión, consciente que el riesgo de incurrir en errores es grande.

Hay que evitar la operación que consiste en un enjuiciamiento global del radicalismo como único responsable de este desenlace. Esta operación sería quizás la más sencilla y altamente redituable tanto para el peronismo como para distintos sectores de la derecha argentina. Me parezco, sin embargo, que la cuestión es mucho más compleja e involucra otros sectores sociales y políticos lo cual, por supuesto, no exime al radicalismo de su cuota de responsabilidad. Mi objetivo no es dar cuenta del proceso de transición en su conjunto. El propósito más limitado —y no por ello más sencillo— es el de reflexionar sobre la evolución del radicalismo desde 1983: cómo enfrentó los desafíos que hay recordar, no tuvo todavía una resolución definitiva.

Al alfonismo, además de proporcionarle al radicalismo la posibilidad de ganarle por primera vez al peronismo y permitirle al partido revivir las situaciones de movilización, participación y apoyo popular que no habían repetido desde los lejanos tiempos de Yrigoyen, también produjo cambios que transgredieron los mecanismos tradicionales de funcionamiento partidario. El verticalismo que imprimió Alfonsín a su estilo de conducción sólo es comparable a la figura de Perón y a la manera como condujo al movimiento peronista y que precisamente había sido sistemática y reiteradamente criticada por el radicalismo en nombre de la democracia interna y de una visión de partido que se contraponía al monismo peronista. Con Alfonsín a la cabeza secundado por la Junta Coordinadora Nacional, el alfonismo impuso su hegemonía al conjunto del partido dejando en segundo plano a los sectores no alfonísticos. Esta tendencia es menos clara en el primer año de gobierno pero se fue accentuando desde comienzos de 1985. De todos modos, ya en 1984 la modificación de la carta orgánica que impidió la superposición de cargos de dirigentes partidarios y de puestos en el ejecutivo es un indicador de esta tendencia. El presidente se transformó en el referente casi exclusivo y pasó a ser también el árbito último de las contiendas partidarias, volviendo en la práctica inoperantes y secundarios los mecanismos tradicionales de conducción del partido, el límite de



fios que se presentaban entonces a la sociedad argentina y cómo los que de ahora en más tendría que encarar desde la oposición. Me parece necesario aclarar también que la consolidación del sistema democrático en la Argentina no puede prescindir de un sistema de partidos; en consecuencia apostar al debilitamiento del partido radical es conspirar en contra de esta posibilidad. Con los actores intercambiados el razonamiento es equivalente al efectuado en 1985-1986 cuando el radicalismo vivió su sueño hegemónico y especuló con un tercer movimiento histórico y con la fractura del peronismo.

Volvamos al 83. El radicalismo llega al poder con fuerte consenso de origen pero recibe también, como legado del régimen militar, pesadas cargas. Quizás los mayores desafíos a los cuales tuvo que hacer frente fueron los de revertir la situación de fuerte deterioro de la economía con todas las restricciones planteadas por la deuda externa; darle un tratamiento adecuado al problema militar y de los derechos humanos; y asegurar la consolidación del estado de derechos y de las instituciones democráticas.

Me parece importante intentar diferenciar el análisis del radicalismo, en tanto partido, de su evolución como partido en el poder. Con relación al primer aspecto, quizás se pueda empezar por el final señalando que si bien la UCR salió destrozada de la derrota electoral, ésta repercutió fuertemente en su interior. En estos momentos enfrenta una crisis similar a la que vivió el peronismo luego de su derrota en 1983, crisis que, hay que recordar, no tuvo todavía una resolución definitiva.

Al alfonismo, además de proporcionarle al radicalismo la posibilidad de ganarle por primera vez al peronismo y permitirle al partido revivir las situaciones de movilización, participación y apoyo popular que no habían repetido desde los lejanos tiempos de Yrigoyen, también produjo cambios que transgredieron los mecanismos tradicionales de funcionamiento partidario. El verticalismo que imprimió Alfonsín a su estilo de conducción sólo es comparable a la figura de Perón y a la manera como condujo al movimiento peronista y que precisamente había sido sistemática y reiteradamente criticada por el radicalismo en nombre de la democracia interna y de una visión de partido que se contraponía al monismo peronista. Con Alfonsín a la cabeza secundado por la Junta Coordinadora Nacional, el alfonismo impuso su hegemonía al conjunto del partido dejando en segundo plano a los sectores no alfonísticos. Esta tendencia es menos clara en el primer año de gobierno pero se fue accentuando desde comienzos de 1985. De todos modos, ya en 1984 la modificación de la carta orgánica que impidió la superposición de cargos de dirigentes partidarios y de puestos en el ejecutivo es un indicador de esta tendencia. El presidente se transformó en el referente casi exclusivo y pasó a ser también el árbito último de las contiendas partidarias, volviendo en la práctica inoperantes y secundarios los mecanismos tradicionales de conducción del partido, el límite de



cionalización. Mientras el partido, y sobre todo el presidente, tenía un amplio consenso en la opinión pública, el partido radical aceptó este liderazgo y usufruyó de los réditos directos e indirectos de ese consenso. Recién cuando empezaron los problemas afloraron las susceptibilidades, las fisuras, y se hace más visible cierta distancia entre el partido y el gobierno. Y esta distancia aparece timidamente a raíz del fracaso del Plan Austral pero en forma más pronunciada después de la derrota electoral de 1987.

El malestar no se transforma, sin embargo, en un cuestionamiento claro y unificado al liderazgo de Alfonsín: lo que se va produciendo es una fragmentación en el interior del partido. Pero las fisuras y líneas internas que se multiplicaron en estos casi 6 años no necesariamente tuvieron una relación directa con diferencias ideológicas o programáticas. Estas diferencias, que si existían en los años 70 y a comienzos del 80 se fueron desdibujando en el ejercicio del poder, abriendo paso a una pugna cada vez más tenida por la repartición de los espacios de poder.

Las dificultades de gobierno empezaron rápidamente a oponer límites al voluntarismo político de los sectores más cercanos a Alfonsín, fundamentalmente las juventudes del partido. Lamentablemente estas dificultades no impulsaron una redefinición y revisión de los objetivos. Se produjo, en cambio, una progresiva clausura de los hombres alrededor del presidente y una utilización clientelar del aparato estatal como recurso político hacia dentro y hacia afuera del país.

En todo caso, las diferencias ideológicas difícilmente podrían afrontar en un partido que puso en desuso sus mecanismos de discusión y resolución de conflictos y adoptó una actitud de seguidismo respecto del presidente. Un buen ejemplo fueron las elecciones internas para designar candidato a las elecciones presidenciales del 89 que se convirtieron, en la práctica, en un simulacro después que Alfonsín indicó públicamente a Angeloz como su candidato. Angeloz era, paradójicamente, un hombre que no integraba las filas del alfonсинismo pero que, por diversos motivos, era probablemente (o así fue visto) una de las pocas alternativas que

tenía el radicalismo para intentar mantenerse en el poder.

Una vez iniciada la campaña, Angeloz tomó distancia respecto de Alfonsín presentándose casi como un caballero solitario y terminó por encogerse detrás suyo a buena parte del radicalismo no alfonsinista.

Frente a la profundización de la crisis económica y teniendo por delante la campaña electoral, el partido no logró ofrecer respuestas homogéneas. Mientras el alfonsinismo puso en primer plano los logros en el campo de la recuperación de las instituciones, Angeloz y el sector que lo seguía pusieron el énfasis en los desaciertos de la administración alfonsinista. Se inclinaron por un discurso más liberal-conservador, capturados por el clima antiestatista difundido por la derecha con la esperanza de ganar los votos de este electorado.

El momento de mayor tensión entre ambos líderes fue, sin duda, cuando Angeloz presionó —y logró— la renuncia del ministro Sourouille. Así, al final del gobierno, las diferencias volvieron a plantearse en términos de propuestas políticas.

La UCR llegó a las elecciones con fuertes tensiones entre sus corrientes y líneas internas. Tensiones que, evidentemente, la derrota electoral contribuyó a acentuar a punto tal que hoy es lícito preguntarse sobre la posibilidad de eventuales rupturas.

Lo que se refiere al segundo aspecto señalado, uno de los hechos más significativos es, a mi juicio, el traslado gradual de la hegemonía alfonsinista desde el partido hacia el gobierno, lo que provocó una progresiva marginalización del radicalismo respecto de la gestión gubernamental. El punto de inflexión de esta curva se sitúa a comienzos de 1985. Hasta entonces, si bien el liderazgo de Alfonsín fue fuerte y dominante, existía todavía una presencia relativamente importante de la UCR en los puestos de gobierno por lo cual, en este período, es posible hablar de un *gobierno de partido*. En 1983, lo decisivo fue la recuperación de la democracia política. La UCR encamó la imagen de una nueva Argentina, que percibió y se percibió a sí misma como articuladora de la crisis grave y fundamentalmente por el presidente. Esta centralidad de la figura presidencial es un rasgo del sistema presidencialista que tiene a acentuarse en coyunturas de crisis eco-

nómicas intensas. La marginación del parlamento, el gobierno por decreto y el siglo que revistieron las decisiones sobre las políticas económicas durante el período inicial del Plan Austral se emmarcaron en este contexto y en la necesidad de reformar el poder del ejecutivo.⁷ Pero también es cierto que “Alfonsín fue mas allá y enfrió en la dirección de conformar un sistema político cuyos diferentes planes de negociación, gestión de gobierno y de “invencción” política pasaron necesariamente por él. La tentación era enorme, los presupuestos beneficios también, y la fascinación que esto ejerció sobre el presidente vino de su percepción de los riesgos asociados a un desgaste abrupto y potencialmente irreversible. Esto ilumina, quizás podría haber sido atenuado por la presencia de un partido que compartiera efectivamente responsabilidades en algunos espacios relevantes de la acción política, por ejemplo de las relaciones con el peronismo.”⁸ Ello no solamente no fue así sino que la centralidad de la figura presidencial dificultó, si es que no impidió, el funcionamiento mismo de un equipo de gobierno. Las reuniones de gabinete fueron en la práctica hechos excepcionales estableciéndose relaciones bilaterales entre el presidente, sus ministros, secretarios y asesores.

Otro aspecto que me parece relevante respecto a la evolución del radicalismo en el poder es su relación con la oposición. Aquí también se pone posible distinguir dos etapas. La primera, en la cual, bien mantuvo una ambigüedad respecto del peronismo eligiendo de modo algo maquiavélico los interlocutores que privilegiaba, no se puede hablar de confrontación. Esta se dio más bien la relación con el sindicalismo y con el partido. En cambio, a mediados de 1985 y en consonancia con el éxito inicial del Plan Austral, el alfonsinismo se dejó llevar por el sueño de hegemonía cediendo a lo que Torcuato Di Tella llamo “la fantasía priista”. Este intento, sin embargo, no significó nunca abandonar el respeto por las prácticas de la democracia pluralista y competitiva, lo cual, por supuesto, implicaba también límites muy rápidos a la concreción de la vocación hegemonicista. Durante este período los intentos de romper el peronismo por confrontación o por cooptación fueron

más evidentes. Empezó a gestarse la alianza con el grupo de los 15 que terminó en la fatídica incorporación de Alderete, un sindicalista de este grupo, como ministro de Trabajo.

El tercer movimiento histórico fue en el límite una operación antiperonista que afectó, paradójicamente, menos al peronismo que al radicalismo en la medida en que junto con la idea de democracia plebiscitaria, enfatizaba el liderazgo carismático de Alfonsín en detrimento del partido. Fue el período de los grandes proyectos (traslado de la Capital, reforma constitucional, reforma de estado, etc.), propuestas sin pactos interpartidarios y sin siquiera la búsqueda de consenso dentro del radicalismo. Algunas de las propuestas refundacionales y de transformaciones que la sociedad argentina requería —como las que fueron sintetizadas en el discurso de Parque Norte— se esforzaron y fueron devoradas por el sueño de hegemonía. Esas fueron, quizás, la gran oportunidad perdida por el radicalismo alfonsinista para llevar a cambios estructurales y políticos en la dirección de una sociedad más igualitaria de la mano del afianzamiento de un sistema político más democrático.

Es cierto que en este punto cabe preguntarse si la UCR estaba en condiciones de llevar a cabo estos proyectos y más aún si el conjunto del partido tenía la predisposición y la voluntad política para hacerlo. La respuesta es casi seguramente negativa para ambas preguntas. Pero también es cierto que no hubo intentos sistemáticos de movilizar a los militantes y a las dirigencias de las varias líneas internas para lograr cambios no sólo en el interior del radicalismo sino también y, fundamentalmente, en su relación con la sociedad. Frente a la evidente insuficiencia del partido para motorizar algunos de los cambios impulsados por el Presidente, se reunió, quizás para evitar una posible fractura, dejar congelada la situación partidaria e intentar gobernar sin el radicalismo. Estas insuficiencias parecían aún más difícil de resolver respecto del peronismo, sumido aun en sus contradicciones internas y en la crisis de identidad provocada por la derrota del 83 lo que impidió al alfonsinismo ver los cambios y recomposiciones que se empezaban a producir con el surgimiento de la Renovación.

Frente al mencionado proceso de marginalización la UCR no mostró una vital capacidad de reacción. Ello no significó, sin embargo, que no se estuviesen produciendo resquebrajamientos y heridas, algunas profundas pero que sólo empezaron a afrontar posteriormente cuando las dificultades de gobernar la sociedad argentina se fueron haciendo más insuperables. En particular desde 1987, cuando el gobierno fue perdiendo capacidad de iniciativa política y las variables económicas empeoraron también a escaparates de las manos. Fue, entonces cuando empezó el progresivo retorno a la “Argentina real”: la inflación, la presión corporativa. Si es cierto que hubo un proyecto alfonsinista, el gobierno no pudo ser consecuente con él. Frente a la crisis económica, a la crisis de estado y de un modelo de estado, la respuesta alfonsinista fue híbrida; se apoyó de la modernización, la reforma del estado, el desarrollo en el patronal del capitalismo subordinario, la reforma fiscal, la reforma constitucional, etc. Pero en la práctica, se privilegió la lógica política que respondía a la vocación hegemonicista más que a estas necesidades. A partir de este momento cada vez se actuó más en función de un plan de gobierno, por el contrario, se buscan respuestas “a hora” a urgencias puntuales.

Otra dificultad producto de la dualidad del sistema político argentino, que el radicalismo no pudo superar, fue el peso de los intereses corporativos, ajenos como se sabe, a la lógica de la representación política. Un “partido de ciudadanos” que internalizó la noción de “un ciudadano, un voto”, no pudo, pero no por ello menos amenazantes, de las fuerzas armadas, y en menor medida, de la Iglesia.

El saldo dramático fue una redistribución inusitada en favor de los sectores de altos ingresos, el mantenimiento de privilegios de todo tipo que conspiraron evidentemente en contra de los objetivos de la ética de la solidaridad que habían marcado con tanta fuerza el discurso alfonsinista. Fue, sin duda, un triste final para un gobierno que se quiso popular y que tuvo que presentar interna la desprotección y desánimo de amplios sectores afectados por la mayor crisis económica que vivió la Argentina en este siglo.

La coyuntura dramática que vivimos no es por cierto el resultado exclusivo —como pretende cierta prensa “objetiva”— de los errores del radicalismo. La gestión nefaca fue por completo superada por la derecha ideológica conservadora que nunca le puso al peronismo al radicalismo de Alfonsín haber puesto bajo juicio a los responsables del terrorismo de estado, por una supuesta derecha liberal que proclama la no intervención estatal pero vive de los subsidios e incentivos de todo tipo; por la paja distribuida salvaje; por la evasión impositiva; por la especulación.

Pero, también es cierto que las propuestas iniciales de cambio encontraron límites en el interior del partido y del equipo gubernamental que no pudieron ser superados. Entre ellos los mecanismos clientelares de la relación partido-sociedad no sólo no desaparecieron sino que aparentemente se reforzaron. Como corolario, la relación estado-sociedad siguió siendo de naturaleza clientelar, frente al fracaso de las propuestas de cambio varían. La “Argentina real” se mostraba más vigorosa que nunca. Con todas las corrupciones en contra, el gobierno cedió cada vez más a las presiones contrariales de sindicalistas, empresarios, burguesía agraria, exportadores y especuladores de todo tipo. Para no hablar de las presiones de otro tipo de gobernante.

Enfrentado a las dificultades muy concretas y reales de gobernar una sociedad poco dispuesta a someterse a las reglas de la representación, el gobierno osciló entre la confrontación, el acuerdo y la concesión. De las propuestas de concertación al enfrentamiento abierto, todos los intentos de lidiar con los intereses corporativos se mostraron vanos. La “Argentina real” se mostraba más vigorosa que nunca. Con todas las corrupciones en contra, el gobierno cedió cada vez más a las presiones contrariales de sindicalistas, empresarios, burguesía agraria, exportadores y especuladores de todo tipo. Para no hablar de las presiones de otro tipo de gobernante.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos, por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Varias preguntas quedan por contestar sobre el rol del radicalismo en esta experiencia de transición. Una, sin duda insoslayable, esacer del desdibujamiento de las propuestas de cambio. Contestarla exige un análisis detallado y sistemático de este período. Pero no parece arriesgado suponer que más allá de todas las dificultades, algunas de las cuales fueron mencionadas en estas notas, faltó una propuesta programática coherente alrededor de la cual se movilizara el partido y permitiera orientar la acción del gobierno.

Julio de 1989

NOTAS

1. Gran parte de las ideas que se discuten aquí fueron desarrolladas en un artículo que escribió con Marcelo Cavarozzi: *De la reinversión democrática al refugio político y la hipérbole: el itinerario de los partidos políticos durante los años de Alfonsín*, Buenos Aires, 1989, mimeo.

2. Sobre este aspecto véase: Juan Carlos Torres, *Entre la economía y la política. Los dilemas de la transición democrática en América Latina*, Buenos Aires, Instituto Terciario D’Intella, 1989, mimeo.

3. Ver Cavarozzi, M., y Grossi, M., op. cit.

de

de

de

de

decisiones de gobierno. Todo indica que la recomposición estructural de la economía que se está dibujando conducirá a una expansión económica y a una marginalidad social aún más acentuada que la que ahora estamos presenciando. Es bueno recordar que esto se hará de la mano de un partido popular en un país que precisamente se diferenció en el pasado por la temprana incorporación política y luego social de los sectores populares. El peronismo de Menem ha decidido, como lo indica, capitamear esta recomposición.

En el futuro, y aparentemente a que el sistema político sostenido en una transición cuyo grueso de autoritarismo sobrepasa las peores expectativas, el radicalismo tendrá que enfrentarse a la crisis de identidad con la que ha concluido esta experiencia de gobierno. Su futuro político dependerá en gran medida de cómo se positione frente a algunas definiciones insoslayables, tanto hacia el interior del partido como respecto de algunos grandes temas en debate. Entre la coalición de centro derecha encarnada por el mismo y una izquierda que no sólo ha perdido fuerza electoral, sino también capacidad de influir ideológicamente, el radicalismo deberá encontrar su lugar. Desperdiciado durante de su suelo fugar de hegemonía estás quizás en mejores condiciones de formular con mayor coherencia una propuesta de estado y sociedad donde los temas de la reforma del estado, de la reforma constitucional, la modernización, la participación, la recomposición estructural de la economía, así como otros que dominaron su discurso político, asuman la realidad que pudo tener en su práctica política, la garantía de las libertades individuales y colectivas, el respeto a las instituciones y al estado de derecho.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos, por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Varias preguntas quedan por contestar sobre el rol del radicalismo en esta experiencia de transición. Una, sin duda insoslayable, esacer del desdibujamiento de las propuestas de cambio. Contestarla exige un análisis detallado y sistemático de este período. Pero no parece arriesgado suponer que más allá de todas las dificultades, algunas de las cuales fueron mencionadas en estas notas, faltó una propuesta programática coherente alrededor de la cual se movilizara el partido y permitiera orientar la acción del gobierno.



do jugar como mediador y menos aún como articulador de intereses sectoriales. Demás está decir que tampoco pudo cumplir el rol de seleccionar entre demandas corporativas muchas veces contradictorias entre ellas. A esta caracterización de “partido de ciudadanos” se suma otra, la de “partido de la sociedad” y por oposición al “partido de gobierno” que tiene sus raíces en el momento mismo del surgimiento de la UCR, partido concebido como un representante de la Nación y de sus intereses opuestos a los del régimen oligárquico. El partido definió un adversario político y social. Esto lo llevó a ubicarse como un partido frente al poder, y en el límite, en oposición a él. Este rasgo marcó al radicalismo en toda su historia posterior. Vuelve a aparecer en los años 40, 45 y 46, cuando el peronismo se fortaleció y se consolidó.

En el futuro, y aparentemente a que el sistema político sostenido en una transición cuyo grueso de autoritarismo sobrepasa las peores expectativas, el radicalismo tendrá que enfrentarse a la crisis de identidad con la que ha concluido esta experiencia de gobierno. Su futuro político dependerá en gran medida de cómo se positione frente a algunas definiciones insoslayables, tanto hacia el interior del partido como respecto de algunos grandes temas en debate. Entre la coalición de centro derecha encarnada por el mismo y una izquierda que no sólo ha perdido fuerza electoral, sino también capacidad de influir ideológicamente, el radicalismo deberá encontrar su lugar. Desperdiciado durante de su suelo fugar de hegemonía estás quizás en mejores condiciones de formular con mayor coherencia una propuesta de estado y sociedad donde los temas de la reforma del estado, de la reforma constitucional, la modernización, la participación, la recomposición estructural de la economía, así como otros que dominaron su discurso político, asuman la realidad que pudo tener en su práctica política, la garantía de las libertades individuales y colectivas, el respeto a las instituciones y al estado de derecho.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Varias preguntas quedan por contestar sobre el rol del radicalismo en esta experiencia de transición. Una, sin duda insoslayable, esacer del desdibujamiento de las propuestas de cambio. Contestarla exige un análisis detallado y sistemático de este período. Pero no parece arriesgado suponer que más allá de todas las dificultades, algunas de las cuales fueron mencionadas en estas notas, faltó una propuesta programática coherente alrededor de la cual se movilizara el partido y permitiera orientar la acción del gobierno.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Los primeros esfuerzos probablemente tengan que ser hechas hacia dentro del partido en dirección, por un lado, a asegurar la unidad amenazada por los resentimientos,

por una dualidad virtual de liderazgos y por la pugna interna que muchas veces no tuvo otra razón de ser que la disputa por espacios de poder; por otro lado, en dirección a la reinstitucionalización del funcionamiento partidario y a la recuperación de la democracia interna que caracterizó tempranamente al radicalismo.

Dos reflexiones sobre el ciclo alfonsinista y su resultado

Punto de giro

Beatriz Sarlo

A lo largo del gobierno radical y en el estilo del alfonsinismo atraía a las élites más medias y los intelectuales. No necesariamente de manera positiva, sino como abanico de posibilidades donde podían encontrarse representados o enunciados deseos que abrían la oportunidad de evaluar cada gesto del gobierno que venía a restaurar el carácter precisamente público que la política había ignorado durante la dictadura. Hace ya bastante tiempo, también en *La Ciudad Futura*, escribí que Alfonso se había convertido en el Gran Encuestador que aspiraba a tener de manera permanente la iniciativa: temas como los de la democracia moderna y participativa, la reforma del estado, el traspaso de la capital, eran puestos y sacados de circulación con una velocidad de giro cuestamente vertiginosa. Los intelectuales, por su parte, estaban en su salsa: a las libertades públicas que el gobierno garantizaba, se agregaba esta serie de invitaciones al debate.

Ese estiloso casi barroco de proponer reformas terminó bastante abruptamente en el curso de 1987. La fecundidad y versatilidad del doctor Alfonso contrastaban con la impotencia con que el gobierno observaba las

maniobras tanto de los grandes capitanes de la economía como de grandes y pequeños oficiales del ejército. Después de septiembre de ese año, el gobierno pareció ensimismarse en su derrota electoral, perdiendo la iniciativa dislocativa que había tenido hasta entonces. La crisis económica y la cuestión militar, reabierta y contradictoriamente encarada, colocaron en el centro de la escena no los grandes proyectos de la primera etapa sino los dobles obstáculos básicos al proceso de democratización. El peso de las resistencias profundas cobraba relevancia. Concluía la "etapa ideológica" del gobierno radical.

Creo, en ese sentido, que 1987 es un punto de giro: el gobierno radical ya parecía haber dado todo lo que podía. Y entiendo en ese todo: el procesamiento de las juntas, las garantías democráticas, el funcionamiento de las instituciones, la firma de la paz con Chile, el proceso de renovación en los grandes partidos políticos. Sobre esos puntos se podía emitir juicios diferentes pero todos eran sólidos, sin duda, las cuestiones que el radicalismo había abierto con éxito. Una de ellas, el juicio a los responsables del terrorismo de estado, daría paso, a corto trecho, a una serie de retrocesos como la ley de pun-

to final, la obediencia debida y el proyecto do pax sultum.

Algunas propuestas habían quedado en el camino: del ministro Mucci al ministro Alderete, la política del gobierno frenó al sindicalismo, había cambiado drásticamente, se había en reconocimiento de que carecía de las fuerzas institucionales y de los apoyos sectoriales para llevar a cabo una renovación profunda de las organizaciones sindicales, incluyendo con su estadio y con poderosas palomas que las obras sociales. Otros temas se encontraron con una resistencia por parte de la oposición y parecía incapacidad del gobierno: la reforma del estado dio lugar a propuestas tardías, más aventureñas que audaces y finalmente desechadas. La crisis, desde la salida del Plan Primavera en adelante, puso a la economía al orden del día, no sólo para los sectores que estaban padeciendo desde el comienzo y agudamente un proceso de pauperización que visibilizó hoy es alarmante.

En qué país, entonces, pensamos hoy una relación con la política? Diferente, sin duda, al de 1983. Algunas cuestiones recibieron una atención pública inédita (libertades y garantías, derechos humanos); otras (centralmente, la cuestión militar) perma-

necen como puntos conflictivos y seguramente el gobierno de Menem administraría soluciones que no se compatibilizan con el imperio de una justicia igual para todos; y, pasado de una última a primera instancia, la economía rearmó el tablero de una manera que no imaginábamos entonces. La hiperinflación carcome cerezas que no tienen ver sólo con lo económico, y pone en peligro las bases culturales de la construcción de lo común.

Aigo de la monotonía de Sísifo ha venido a rubricar los gestos que en estos años ensayaron desbaratar la mole corporativa. No sólo por la sorda orfandad del emprendimiento, sino también por su atmósfera, tan condensada al intento como saturada de derrota. Y hasta por esa forma de seducción a la que somete cada comienzo: la ilusión ilusa de la reparación.

Casi paralelamente empieza a dejarse ver dos formas evaluativas de la línea de gestión gubernamental 1983/1989 que retoman, acaso sin proponérselo, el paralelismo entre esa administración y la leyenda del rey de Corinto.

De una élite, eligió para Sísifo el papel del pecador, de aquél que en su arrogancia ha transgredido las leyes naturales del mundo y a la ciudadanía social, a sectores cada vez más amplios. Hoy vivimos en un país que excluye, y por lo tanto en una sociedad injusta y profundamente dividida entre ricos y pobres. Si no puede responsabilizarse sólo al radicalismo de esto, tampoco es posible proponer que cinco años y medio de gobierno devuelven quiebra al orgullo del juicio sobre una Argentina de actores y grandes beneficiarios de la crisis. El radicalismo creyó en un principio, que eran las corporaciones, la Iglesia, la familia, los medios de comunicación, la fuerza sindical y militares, los grandes obstantes; se ha probado que los factores de poder económico son más temibles que algunos paros generales.

jismo; éste era el hada del rey de Corinto o bien un héroe iconoclasta o bien un quijote tallado por la soledad de su creencia, incomprendido por utópico. Al plantearse en términos sagrados, el mito inscribe a sus lectores en el mundo que él mismo genera: estos, un universo de víctimas, avemias, faltas y condenas. Entonces las conclusiones, embriones de esas lecturas, quedan capturadas en la lógica binaria de los polos víctima-verdugo: sea que condena, sea que absuelve, y más aún, precisamente porque lo hacen, acto que evidencia y condensa en sí lo maniqueo que subyace en lo sacro.

¿De qué manera responde esa ética sacra en la lectura política? En ambas visiones, toda acción política queda comprimida/arañada en los términos de una evaluación meramente preocupada en elucidar si la experiencia histórica en cuestión merece la recompensa paradisíaca o más bien el castigo de los infiernos, según si, respectivamente, se absuelve o se condena. Así, toda posibilidad de despliegue de los recodos de los procesos histórico-sociales es aplastada por la reducción lineal, para la cual el Bien permanece siempre fiel a sí mismo y no puede ni sin engendrar más de lo mismo, tanto como el Mal.

La mirada condonatoria desconoce, desde apríori, que la falta ética jugando como supuesto) el derecho a plantear determinadas acciones como tareas políticas; por ejemplo, aquellas que esas enterazadas a demandar una clara presencia de poder, a la que se presta sagrario. Ese espacio de lo divino es el de lo que debe permanecer por fuera de la disputa política, de la política en tanto tal. Tanto la idea de la restitución de esos títulos al mundo civil constituirá un pecado. Esta lógica, que defiende, no hace otra cosa que situar la condición de la legitimidad voluntaria de los ciudadanos, en este caso la concepción ser algo así como la renuncia del mundo terreno, el cual no puede penetrar el universo de lo sacro, que otorga significado al todo por sobreparar. Por cierto, los libros no han registrado la forma en que esta versión condonadora verbalizó su sentencia al hereje Sísifo en la Antigua Grecia. Nos preguntamos entonces, temerosos ante la posible repetición de la historia, a consumir la frase que circulara por igual motivo hacia fines del Siglo XX (circa 1989) en una comuna denominada "Argentina". En aquel momento se dijo: "El error de este gobierno fue confrontar con todos los sectores" (referirse a cuatro corporaciones celestes: las Fuerzas Armadas, la burguesía, la Iglesia católica apostólica romana asentada en aquellos confines y el sindicato).

El mito se lee a sí mismo

Si bien es cierto que la primera versión mira al rey de Corinto desde los Díos mientras que la segunda prefería ubicarse en la ciudad-estado, por lo que se toma una lectura más desacralizada, aunque sin llegar a ser laica pues tiene que dedicar a Sísifo, de todas maneras ambas interpretaciones recalan en un error simbólico: leer la experiencia histórica siguiendo las reglas que el mito mismo les propone. Producen, en definitiva, un desciframiento mediatisado por el cristianismo de lo sacro. El mito se autoexplica.

Es que la estampa sisifiana, en tanto que herencia por mitades de blasfemia y heroísmo, Sólo admite que se la piense desde el espíritu,

Lo viejo y lo nuevo

Hugo Vezzetti

S i el ciclo alfonsinista se inició bajo el fervor de consignas fundacionales, la secuencia de su ascenso, apogeo, declinación y caída puede ser rápidamente asociada a la repetición de otros procesos de gobierno—democráticos y de facto—que cumplieron una curva similar. Por otra parte, podría decirse que en las alternativas “descendentes” de ese ciclo se condensa dramáticamente la historia de cien años de historia argentina.

Es cierto que esa “caída” final no fué en términos institucionales, en la medida en que el traspiaso anticipado del poder, aun con sus variantes *ad hoc*, no rompió la continuidad del régimen democrático. Pero, en todo caso, poco se han orientado a resaltar esa continuidad (y el presidente Menem notoriamente no estuvo entre ellos) y, por otra parte, las representaciones y discursos que acompañaron la asunción de la nueva gestión acentuaron la impresión de una desestimación, a la vez que carbaban al período recién abierto con el aura de un nuevo y fundamental reconocimiento.

Me esforzaré por suspender toda certe-

za en una “compulsión a la repetición” que, si fuera predicable de los complejos procesos políticos y sociales, permitiría anticipar un final conocido a este retorno familiar del ciclo fundador. Y lo haré a partir de admitir que quizás estemos, efectivamente, asistiendo al nacimiento de una nueva Argentina, cuya gestación, de cualquier modo, es también responsabilidad de la anterior gestión de gobierno. ¿Será Menem quien haga realidad el sueño alfonsinista de la Segunda República? Qualquier sea el juicio de la política, a la lógica “salvaje” del capitalismo autónomo, replicarán armónicamente en vastos sectores sociales una cultura de la supervivencia, una propensión al “rebusto” y a la salvación individual y sectorial. En esas circunstancias, la exhortación al pragmatismo y la “desideologización” tiene tanto sentido como la indicación de una dieta estricta a un paciente en estado de inanición. De la desintoxicación de los lazos de solidaridad y la vertiginosa transformación y descarte de referencias y tradiciones simbólicas que sostienen filiaciones políticas culturales, a la captura de la escena pública por el acontecimiento y el espectáculo, todo se despliega en un presente continuo. No hay casi pasado que recuperar y no hay evalua-

político menguado, ante una ciudadanía desarticulada e impotente. Más allá de expresiones aisladas, el espectro político que va del centro a la izquierda se ha mostrado incapaz de sostener un discurso público orientado que, sin desconocer la realidad y la profundidad de la crisis, exponga y defienda valores y condiciones para encararla.

Ausente esa función esclarecedora de la política, a la lógica “salvaje” del capitalismo autónomo, replicarán armónicamente en vastos sectores sociales una cultura de la supervivencia, una propensión al “rebusto” y a la salvación individual y sectorial. En esas circunstancias, la exhortación al pragmatismo y la “desideologización” tiene tanto sentido como la indicación de una dieta estricta a un paciente en estado de inanición. De la desintoxicación de los lazos de solidaridad y la vertiginosa transformación y descarte de referencias y tradiciones simbólicas que sostienen filiaciones políticas culturales, a la captura de la escena pública por el acontecimiento y el espectáculo, todo se despliega en un presente continuo. No hay casi pasado que recuperar y no hay evalua-

247/89

Acerca de dos modos de evaluar la gestión '83-'89

Javier Franzé

De condenas, mitos y excusaciones

Aigo de la monotonía de Sísifo ha venido a rubricar los gestos que en estos años ensayaron desbaratar la mole corporativa. No sólo por la sorda orfandad del emprendimiento, sino también por su atmósfera, tan condensada al intento como saturada de derrota. Y hasta por esa forma de seducción a la que somete cada comienzo: la ilusión ilusa de la reparación.

Casi paralelamente empieza a dejarse ver dos formas evaluativas de la línea de gestión gubernamental 1983/1989 que retoman, acaso sin proponérselo, el paralelismo entre esa administración y la leyenda del rey de Corinto.

De una élite, eligió para Sísifo el papel del pecador, que en su arrogancia ha transgredido las leyes naturales del mundo y a la ciudadanía social, a sectores cada vez más amplios. Hoy vivimos en un país que excluye, y por lo tanto en una sociedad injusta y profundamente dividida entre ricos y pobres. Si no puede responsabilizarse sólo al radicalismo de esto, tampoco es posible proponer que cinco años y medio de gobierno devuelven quiebra al orgullo del juicio sobre una Argentina de actores y grandes beneficiarios de la crisis. El radicalismo creyó en un principio, que eran las corporaciones, la Iglesia, la familia, los medios de comunicación, el sector público y militar, los grandes obstantes; se ha probado que los factores de poder económico son más temibles que algunos paros generales.

jismo; éste era el hada del rey de Corinto o bien un héroe iconoclasta o bien un quijote tallado por la soledad de su creencia, incomprendido por utópico. Al plantearse en términos sagrados, el mito inscribe a sus lectores en el mundo que él mismo genera: estos, un universo de víctimas, avemias, faltas y condenas. Entonces las conclusiones, embriones de esas lecturas, quedan capturadas en la lógica binaria de los polos víctima-verdugo: sea que condena, sea que absuelve, y más aún, precisamente porque lo hacen, acto que evidencia y condensa en sí lo maniqueo que subyace en lo sacro.

¿De qué manera responde esa ética sacra en la lectura política? En ambas visiones, toda acción política queda comprimida/arañada en los términos de una evaluación meramente preocupada en elucidar si la experiencia histórica en cuestión merece la recompensa paradisíaca o más bien el castigo de los infiernos, según si, respectivamente, se absuelve o se condena. Así, toda posibilidad de despliegue de los recodos de los procesos histórico-sociales es aplastada por la reducción lineal, para la cual el Bien permanece siempre fiel a sí mismo y no puede ni sin engendrar más de lo mismo, tanto como el Mal.

La mirada condonatoria desconoce, desde apríori, que la falta ética jugando como supuesto) el derecho a plantear determinadas acciones como tareas políticas; por ejemplo, aquellas que esas enterazadas a demandar una clara presencia de poder, a la que se presta sagrario. Ese espacio de lo divino es el de lo que debe permanecer por fuera de la disputa política, de la política en tanto tal. Tanto la idea de la restitución de esos títulos al mundo civil constituirá un pecado. Esta lógica, que defiende, no hace otra cosa que situar la condición de la legitimidad voluntaria de los ciudadanos, en este caso la concepción ser algo así como la renuncia del mundo terreno, el cual no puede penetrar el universo de lo sacro, que otorga significado al todo por sobreparar. Por cierto, los libros no han registrado la forma en que esta versión condonadora verbalizó su sentencia al hereje Sísifo en la Antigua Grecia. Nos preguntamos entonces, temerosos ante la posible repetición de la historia, a consumir la frase que circulara por igual motivo hacia fines del Siglo XX (circa 1989) en una comuna denominada “Argentina”. En aquel momento se dijo: “El error de este gobierno fue confrontar con todos los sectores” (referirse a cuatro corporaciones celestes: las Fuerzas Armadas, la burguesía, la Iglesia católica apostólica romana asentada en aquellos confines y el sindicato).

pero no accederá a examinar rigurosamente la conducta, pues no la concibe como una dimensión en sí misma, y por lo tanto ni sospecha que puede guardar vinculación alguna con el resultado final de la acción, aquella derrota, y mucho menos con el fortalecimiento del adversario, es decir, la negación de las intenciones primarias (los “objetivos justos”). Lo que no ve, en definitiva, es que la acción tiene un por qué y un cómo, y que las formas que toma esta última instanciencia pueden llegar, si son las incorrectas, a contrarrevertir lo que originaron.

Otra forma excupatoria será cargar las culpas sobre la sociedad civil, que “no acepta determinadas políticas porque es conservadora”. Probablemente tenga razón, pero no detecta que el despliegue por la planificación de la acción arrastra sin más en la impotencia práctica. Tiene sentido, en política, echar la culpa de la propia derrota al poder del adversario, sobre todo cuando éste ha sido previamente desestimado, es decir, subestimado.

Librar la más justa de las batallas políticas sin perertechar, con todo lo que esto significa, no sólo es la mejor forma de preparar la propia derrota sino que constituye el modo más directo de aletajar aquello que se pretendía negar. En pocas palabras: hay tanto en la restauración victoriosa del adversario sobre todo cuando éste ha sido previamente desestimado, es decir, subestimado.

La otra versión es en Sísifo a una víctima de los Díos por haber librado una causa justa. Ha desafiado al Poder (único y con mayúscula), que se siente amenazado por su actividad. Así, dentro de la lucha operaria entrañada resurgiendo la experiencia previa: no importará la conducta anterior del sujeto, cuento hubo en ella para preformar el posterior traspaso; sólo importa que el sujeto es ahora víctima del Poder (el único, vínculo y mayúscula), que los Díos lo han condenado, por lo cual merece reconocimiento. La redención es la coartada ética a modo de conclusión en la铁ca, en los sentidos, la reflexión culminándola y cancelándola.

La ética óptima, como decíamos, lleva la política sólo hasta la elección de las reinvidicaciones. De allí en más, piensa la realización de las mismas en términos de mayor y más duros de festejos subjetivos: es el volverse a la coartada ética la que lleva a la condena y absolución. Así, mediante el reducir la política a una gesta militar (la insolencia frente a lo que gusta llamar “el sistema”), se desentiende del contenido práctico de aquella: de la evaluación racial de las principales fuerzas, las del oponente, de los tiempos y modos de aplicación, de la acción. Es que para esta concepción todo plannificación, es decir, el intento de soldar la práctica a los fines propuestos, no es más que el primer síntoma de desconfianza en la propia fuerza, la cual no puede penetrar el universo de lo sacro, que otorga significado al todo por sobreparar. Por cierto, los libros no han registrado la forma en que esta versión condonadora verbalizó su sentencia al hereje Sísifo en la Antigua Grecia. Nos preguntamos entonces, temerosos ante la posible repetición de la historia, a consumir la frase que circulara por igual motivo hacia fines del Siglo XX (circa 1989) en una comuna denominada “Argentina”. En aquel momento se dijo: “El error de este gobierno fue confrontar con todos los sectores” (referirse a cuatro corporaciones celestes: las Fuerzas Armadas, la burguesía, la Iglesia católica apostólica romana asentada en aquellos confines y el sindicato).

La mirada laica

Urge entonces secularizar a Sísifo. Trocar el horizonte de descriframiento sacro por el campo de lectura laico de la política. Desmantilar los vacíos ético-políticos de las ideas condonatoria y absolutoria implicando en su desarrollo un salto cualitativo del sentido de la evaluación, despidiéndola de la exaltación de la fuerza, de la gloria y la grandeza del maniqueo del par absolución-condena.

Volver laico a Sísifo supondrá, desde donde parte la condonaria, comenzar a considerar que no cabe su expulsión del reino de Dios no sólo por haberse propuesto lo contrario a lo que establece la religión, sino porque no existe el reino de Dios ni tal autoridad divina dentro del universo político, que encuentra su sentido en el público y no en el privado. La mirada laica de la absolución.

Cinco años de oposición global

Sindicatos y gobierno en la transición

Julio Godio

1. Retorno a la democracia y situación sindical

Al retornar la democracia política en Argentina en 1983, después de siete años de dictadura militar, la situación del movimiento sindical argentino era la siguiente:

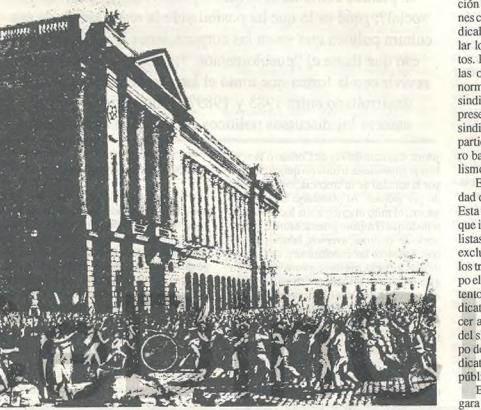
a) Desde el ángulo de la estructura de los asalariados urbanos se habían producido cambios importantes: disminución del número de obreros industriales; aumento de la proporción de asalariados empleados en servicios; y aumento del trabajo precario y el cuentapropismo.

b) El peronismo conservaba su hegemonía absoluta en el movimiento sindical. Pero, la persecución a las organizaciones sindicales (intervenciones, asesinatos de dirigentes de empresas, etc.), suspensión de la negociación colectiva, intervención a las Obras Sociales y otras restricciones, habían debilitado estructuralmente a los sindicatos. Estas medidas persecutorias, junto con el crecimiento de trabajadores precarios y cuentapropistas, habían originado una caída del número de trabajadores sindicalizados, en especial en el sector industrial: la CGT reunía en 1975 aproximadamente 5.000.000 de trabajadores sindicalizados; en 1986, después de tres años de recuperación de la democracia, sólo sumaba 4.000.000.

c) Entre cuadros medios y algunos altos de la dirección sindical peronista —nucleada durante la dictadura en la llamada CGT-Brasil— se observa una búsqueda de renovación de la plataforma y acción sindical para adecuarla a la iniciada transición democrática. Pero el control de los grandes sindicatos industriales y de servicios permanecía en manos de la llamada ortodoxia peronista.

Es conocido que una parte de la ortodoxia sindical peronista —nucleada durante los últimos años del "Proyecto de Reorganización Nacional" (autocalificación del régimen militar) en la CGT-Azopardo— había colaborado con la dictadura. Además, la ortodoxia peronista había jugado un papel decisivo en la orientación popular autoritaria de la campaña electoral y en la composición de las listas de candidatos del peronismo en 1983; en consecuencia era corresponsable de la derrota electoral de esta fuerza.

d) Al momento del triunfo electoral de la UCR con su programa de democracia, modernización y política exterior fascista (noviembre 1983), la dirección sindical peronista, se encontraba confundida y dividida por el reparto de la derrota. Tal situación, obviamente, se presentaba en el peronismo en su conjunto. La UCR había utilizado durante la campaña electoral una consigna sumamente efectiva: "Pacto sindical-militar", acusando al sindicalismo peronista de promover una alianza poselectoral con las desestimadas FFAA. Pero, lo más radicado era que un sector del sindicalismo peronista (luego "renovadores" o 25 grados) reconocía que tal alianza había existido.



2. El Gobierno radical y la fallida ofensiva contra los sindicatos

A pocos días de asumir el gobierno, el Presidente Raúl Alfonsín informó que estaba en marcha un proyecto de ley "democratización sindical", conocido como "Ley Mucci", por el nombre del entonces ministro de Trabajo Antonio Mucci. El proyecto de ley se inspiraba en la consigna del "Pacto Sindical-Militar", en tanto se justificaba por la necesidad de "democratizar a un sindicalismo verticalista y autoritario". Los aspectos centrales del proyecto de ley eran dos: se designaban "vocedores" de la CGT-Azopardo y la propia OIT adoptan una postura sindicalizada.

Podría afirmarse que una postura justa hubiese sido restablecer formalmente las leyes laborales básicas abolidas o suspendidas por la dictadura militar (Asociaciones Profesionales, Negociaciones Colectivas, Contrato de Trabajo y Obras Sociales); enviarlas al Congreso Nacional para su actualización y sobre esta base convocar a los sindicatos a realizar elecciones limpias y según un régimen de representación proporcional para normalizar las organizaciones sindicales y permitir que elaboraran propuestas de actualización de las mencionadas leyes. Tal táctica habría abolido las divergencias políticas en el sindicalismo en relación a la valoración de la etapa de transición democrática y hubiese facilitado alianzas entre sectores sindicales y el gobierno y al interior de los sindicatos entre sectores sindicales peronistas plurales y la oposición sindical radical, socialista, etc.

La CGT y todos sus organizaciones sindicales rechazaron el proyecto de ley actuando al gobierno de su intervención en la vida de los sindicatos". La postura unitaria a "ortodoxos" y "renovadores". Incluso la CIOSL y la propia OIT adoptan una postura adversa al proyecto de ley y se alinearon en favor de la postura sindicalista peronista.

La UCR logró que el proyecto se aprobara en la Cámara de Diputados. Pero después de casi seis meses de debates parlamentarios, la Cámara de Senadores lo rechazó por un voto. De este modo se frustró la iniciativa del radicalismo. Pero lo más grave que dio como saldo, por un lado el resultado de viejos odios subterráneos entre radicales y peronistas y, en segundo lugar, constituyó la primera gran derrota política del gobierno radical.

Es necesario señalar que la llamada UCR expresaba una vieja ilusión de la UCR y otros sectores liberal-democráticos de querer democratizar "desde afuera" a los

sindicatos. La UCR es todavía, y lamentablemente, un partido liberal-popular sin sensibilidad sindical. Objetivamente la "ley Mucci" implicaba la intimisimón del estado en los sindicatos.

Podría afirmarse que una postura justa hubiese sido restablecer formalmente las leyes laborales básicas abolidas o suspendidas por la dictadura militar (Asociaciones Profesionales, Negociaciones Colectivas, Contrato de Trabajo y Obras Sociales); enviarlas al Congreso Nacional para su actualización y sobre esta base convocar a los sindicatos a realizar elecciones limpias y según un régimen de representación proporcional para normalizar las organizaciones sindicales y permitir que elaboraran propuestas de actualización de las mencionadas leyes. Tal táctica habría abolido las divergencias políticas en el sindicalismo en relación a la valoración de la etapa de transición democrática y hubiese facilitado alianzas entre sectores sindicales y el gobierno y al interior de los sindicatos entre sectores sindicales peronistas plurales y la oposición sindical radical, socialista, etc.

3. Contraofensiva sindical: reclamacionismo salarial

El fracaso al intentar desalojar a la élite sindical peronista tradicional, obligó al gobierno a implementar una estrategia de negociación. Pero, al mismo tiempo, el gobierno se resistió a restablecer el régimen de negociaciones colectivas, manteniendo el tradicional sistema de ajustes salariales periódicos. El camino adoptado fue aceptar un proceso de reorganización de los sindicatos dirigido por la élite sindical tradicional, pero con el compromiso de la Comisión Directiva, exclusivamente al régimen de sindicatos de la CGT.

4. Alineamientos sindicales peronistas

En las elecciones nacionales de 1983 el sin-

dicalismo peronista participó organizadamente en el PJ, a través de las llamadas 62 organizaciones, la denominación histórica del llamado "brazo político-sindical peronista". Pero, la derrota electoral significó simultáneamente la desarticulación de las 62 organizaciones. Surgen entonces cuatro grandes grupos:

a) Los restos de las 62, bajo el control de la poderosa Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y conducida por Lorenzo Miguel. Este sector reivindica el tradicional proyecto nacional, industrialista y estatalista del peronismo.

b) El Grupo de los 15, donde se agrupan líderes sindicales peronistas que expresan un sindicalismo de negociación con el neoliberalismo. En este grupo se destacan dirigentes sindicales con largo historial de compromisos con dictaduras militares (Triaca, Ibáñez, Cavalieri, West-Ocampo, Ubaldini). El nuevo Consejo Directivo de la CGT se compuso con 7 miembros por el ubaldinismo, 7 por los 25 y 7 por el bloque de las 62 (dental del cual estuvo representado el sector que en 1987 constituyó los 15).

c) La Comisión de los 25, que expresa en el campo sindical el proceso de ascenso en el PJ y de la llamada "Renovación Peronista". Como es conocido en el PJ, se desarrolló entre 1985-1987 una profunda lucha entre los sectores ortodoxos de derecha en retirada y la emergencia de un nuevo liderazgo (Cafiero, Menem, De la Sota, Manzano, Grossi y otros), que plantean la necesidad de un peronismo "Nacional" instalado en el sistema de partidos políticos. La Renovación Peronista expresa una negación temporal del viejo estilos corporativista del peronismo y un esfuerzo de superar el "movimiento" y organizar un partido político peronista moderno y parlamentarista. En este sector coexisten ideas socialdemócratas y peronistas.

d) La CGT, liderada por Saúl Ubaldini, al tiempo que aceptó la participación de Alende en el Ministerio y acompañó la tática de "negociación lejana" sobre la nueva legislación de trabajo, buscó crear un espacio para ejercer una confrontación "legítima" con el gobierno radical; este espacio fue logrado con la oposición frontal a las diferentes potestades económicas del gobierno y la estimulación de paros sectoriales y generales por mejoras salariales. Entre 1984 y 1989 se ha desarrollado en Argentina más de 4.000 huelgas, de las cuales 15 han sido huelgas nacionales.

La CGT, y todas sus organizaciones sindicales rechazaron el proyecto de ley actuando al gobierno de su intervención en la vida de los sindicatos". La postura unitaria a "ortodoxos" y "renovadores". Incluso la CIOSL y la propia OIT adoptan una postura adversa al proyecto de ley y se alinearon en favor de la postura sindicalista peronista.

La UCR logró que el proyecto se aprobara en la Cámara de Diputados. Pero después de casi seis meses de debates parlamentarios, la Cámara de Senadores lo rechazó por un voto.

De este modo se frustró la iniciativa del radicalismo. Pero lo más grave que dio como saldo, por un lado el resultado de viejos odios subterráneos entre radicales y peronistas y, en segundo lugar,

constituyó la primera gran derrota política del gobierno radical. La CGT y agrupaciones sindicales firmes en materia de apoyo a las luchas de los sindicatos en Chile y Paraguay para recuperar la democracia. "Falcadas" se explican en el caso de Paraguay, por la vinculación del peronismo con el régimen de Stroessner y en el caso de Chile por considerar al sindicalismo chileno demasiado "zurdo", palabra argentina de connotación fascista para calificar a las corrientes de izquierda. Durante la dictadura militar, los sindicatos argentinos recibieron solidaridad moral, política y económica de diferentes organizaciones sindicales internacionales, que produjeron actos solidarios como contraparte. Por esa es previsible que producirse la ruptura del orden institucional en Argentina, tal tipo de solidaridad internacional sería en el futuro mucho más selectiva. Debe señalarse que pese a las dificultades psicológico-políticas la actividad de los SPI en Argentina es intensa en materia de Seminarios de formación sindical. También se observa una incipiente cooperación sindical entre organizaciones sindicales argentinas, uruguayas y brasileras en materia de Integración Económica Subregional con el objetivo de introducir en los Acuerdos/Protocolos de integración, las reivindicaciones laborales.

Este discurso "industrialista" de la CGT terminó en 1988 empalmado con la propuesta del candidato Menem de promover una supuesta "revolución productiva", pero de signo neoliberal.

También el sindicalismo peronista, a través del discurso de Ubaldini reitera su decisión de instaurar el "Estado Justicialista", apoyado en la CGT, empresarios, Iglesia y FFAA. Como se observa tal tipo de discurso coloca de hecho la defensa de la democracia política como un objetivo económico, en tanto se la considera "democracia liberal y formal". Esta concepción ha llevado a la CGT a adoptar posiciones débiles frente a las sublevaciones militares contra el gobierno radical e incluso muchos dirigentes sindicales se manifiestan afines con las posiciones "nacionalistas-fundamentalistas" del conspirador coronel Selein.

En diciembre de 1988 el Congreso Nacional aprobó las nuevas leyes de Asociaciones Sindicales y de Negociación Colectiva. En enero de 1989 el Congreso aprobó el nuevo reglamento de Obras Sociales y Seguro Nacional de Salud. Con estas leyes el movimiento sindical argentino ha logrado grandes conquistas en materia de legislación del trabajo. Pero la CGT no llamó a una concentración para celebrar estos éxitos, lo que se observa es una conciencia sindical entre organizaciones sindicales argentinas, uruguayas y brasileras en materia de Integración Económica Subregional con el objetivo de introducir en los Acuerdos/Protocolos de integración, las reivindicaciones laborales.

8. Lo que vendrá: sindicalismo y gobierno peronista

En mayo el peronismo, bajo la sigla FREJUPO, venció en las elecciones presidenciales. La hiperinflación terminó por derribar al gobernado radical.

La elección por el candidato Carlos Saúl Menem de Miguel Roig, alto ejecutivo del grupo Bunge y Born, como futuro ministro de Economía no ha causado mayor conmoción en la dirigencia sindical del peronismo. Tampoco lo ha producido el hecho de que Domingo Cavallo sea el futuro ministro de Relaciones Exteriores y la empresaria Amalia Fortabat embajadora itinerante del futuro gobernista judicial.

Por el contrario, los altos dirigentes sindicales ubaldinistas y renovadores han acompañado con su asentimiento esta audaz operación del presidente. Esta operación tiene objetivos múltiples:

a) Indicar a los grupos empresarios que se aplicará una estrategia de economía de escala, de base agroindustrial y de modernización empresarial segmentaria;

b) indicar con claridad su propio partido/polémico movimiento que la Renovación para Menem consistirá en aceptar que el peronismo será el ejecutor de un programa de modernización teóricamente neoyeconomista articulado en un mercado interno consolidado en tres estratos sociales definidos: un estrato superior compuesto por un 20% de la población de altos ingresos; un estrato medio de un 50% de la población (profesionales, comerciantes, asalariados sindicalizados, cuantipropietarios de ingresos medios, etc.) y un estrato inferior (30%) de la población que trabaja precario y en la pobreza.

A su paralelo/movimiento, Menem le ha servido con firmeza que su modelo se asiente a las experiencias actuales de Chile y Bolivia, sociedades de escasa movilidad social. O sea, cada uno en su puesto y aportar al éxito de la Revolución Productiva con trabajo duro y disciplinado; así, en un futuro se podrá volver a pensar en estímulos de movilidad social ascendente como ocurrió en

Argentina carece de una táctica efectiva para enfrentar los efectos de la crisis sobre los trabajadores. Por un lado carece de un programa económico alternativo; por otro es un sindicalismo antiguo, que no se preocupa de problemas laborales como condiciones y medio ambiente de trabajo; participación de los trabajadores en la gestión de la empresa, política de empleo y de instalación de nuevas tecnologías. Se trata de un sindicalismo reclamacionista, circunscripicio al reclamo salarial y al mantenimiento de un fuerte sistema de Obras Sociales (salud, recreación, etc.) pero no preocupado en asociar las reivindicaciones sindicales con el futuro económico de las empresas.

El discurso "industrialista" de la CGT terminó en 1988 empalmado con la propuesta del candidato Menem de promover una supuesta "revolución productiva", pero de signo neoliberal.

También el sindicalismo peronista, a través del discurso de Ubaldini reitera su decisión de instaurar el "Estado Justicialista", apoyado en la CGT, empresarios, Iglesia y FFAA. Como se observa tal tipo de discurso coloca de hecho la defensa de la democracia política como un objetivo económico, en tanto se la considera "democracia liberal y formal". Esta concepción ha llevado a la CGT a adoptar posiciones débiles frente a las sublevaciones militares contra el gobierno radical e incluso muchos dirigentes sindicales se manifiestan afines con las posiciones "nacionalistas-fundamentalistas" del conspirador coronel Selein.

En diciembre de 1988 el Congreso Nacional aprobó las nuevas leyes de Asociaciones Sindicales y de Negociación Colectiva.

En enero de 1989 el Congreso aprobó el nuevo reglamento de Obras Sociales y Seguro Nacional de Salud. Con estas leyes el movimiento sindical argentino ha logrado grandes conquistas en materia de legislación del trabajo. Pero la CGT no llamó a una concentración para celebrar estos éxitos, lo que se observa es una conciencia sindical entre organizaciones sindicales argentinas, uruguayas y brasileras en materia de Integración Económica Subregional con el objetivo de introducir en los Acuerdos/Protocolos de integración, las reivindicaciones laborales.

7. Sindicalismo argentino y organizaciones sindicales internacionales

La CGT está afiliada a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales (CIOSL) y la mayoría de las Federaciones y Uniones a la Federación de Relaciones Exteriores y la empresaria Amalia Fortabat embajadora itinerante del futuro gobernista judicial. Por el contrario, los altos dirigentes sindicales ubaldinistas y renovadores han acompañado con su asentimiento esta audaz operación del presidente. Esta operación tiene objetivos múltiples:

a) Indicar a los grupos empresarios que se aplicará una estrategia de economía de escala, de base agroindustrial y de modernización empresarial segmentaria;

b) indicar con claridad su propio partido/polémico movimiento que la Renovación para Menem consistirá en aceptar que el peronismo será el ejecutor de un programa de modernización teóricamente neoyeconomista articulado en un mercado interno consolidado en tres estratos sociales definidos: un estrato superior compuesto por un 20% de la población de altos ingresos; un estrato medio de un 50% de la población (profesionales, comerciantes, asalariados sindicalizados, cuantipropietarios de ingresos medios, etc.) y un estrato inferior (30%) de la población que trabaja precario y en la pobreza.

A su paralelo/movimiento, Menem le ha servido con firmeza que su modelo se asiente a las experiencias actuales de Chile y Bolivia, sociedades de escasa movilidad social. O sea, cada uno en su puesto y aportar al éxito de la Revolución Productiva con trabajo duro y disciplinado; así, en un futuro se podrá volver a pensar en estímulos de movilidad social ascendente como ocurrió en

Argentina carece de una táctica efectiva para enfrentar los efectos de la crisis sobre los trabajadores. Por un lado carece de un programa económico alternativo; por otro es un sindicalismo antiguo, que no se preocupa de problemas laborales como condiciones y medio ambiente de trabajo; participación de los trabajadores en la gestión de la empresa, política de empleo y de instalación de nuevas tecnologías. Se trata de un sindicalismo reclamacionista, circunscripicio al reclamo salarial y al mantenimiento de un fuerte sistema de Obras Sociales (salud, recreación, etc.) pero no preocupado en asociar las reivindicaciones sindicales con el futuro económico de las empresas.

el país entre 1880-1910, 1935-1940 y 1945-1952; c) la CGT deberá abandonar el reclamadorismo salarial anárquico (4.000 huelgas sectoriales entre 1983-1989 y 13 paros generales) y adequarese a salarios bajos con inflación baja; y a tasas de desempleo altas, especialmente por pérdida de empleos en el sector público.

¿Por qué el ubaldinismo y la renovación sindical han aceptado fácilmente la sustitución del mítico pero anacrónico modelo nacionalista-distributivo populista por este modelo realista de economía de escala? Porque la historia es muy cruel con quienes se empeñaron en subestimar lo que se llamó el proyecto de la generación del 80.

En realidad, que el peronismo asuma hoy un programa diseñado por un grupo económico dominante, central en la economía argentina a partir de 1900, el grupo Bunge y Born, indica que el antiguo modelo estuvo vivo y coleando. Cuando en 1930 el antiguo modelo exportador entró en crisis, el único modelo superado (como hicieron los australianos ya para 1910) hubiese consistido en instalar una economía de mercado agroindustrial integrada, de propiedad mixta, apoyada en los mercados regionales del interior y con un Estado "poco propietario", pero regulador de las variables centrales de acumulación de capital. Era la necesaria modernización de base social amplia y reformas sociales. Pero tal alternativa no tuvo sostenedores fuertes. Para el contrario el camino seguido para enfrentar la crisis fue primero en la década del 30 el intervencionismo estatal y luego su heredera, la llamada sustitución de importaciones sencillas. Se crearon dos subsistemas económicos no integrados: agroexportador e industrial liviano. La Argentina perdió la oportunidad de seguir el éxito camino australiano. El autoritarismo político logró, en estas condiciones, reaparecer bajo diversas modalidades.

Por esas ironías de la historia el programa Bunge y Born será aplicado por el peronismo. Pero en honor a la verdad, no es extraño este curso de la cúpula peronista, porque entre 1946 y 1952 ya en su época de esplendor, creyó con ingenuidad que con un capitalismo de Estado fuerte y salarios altos se resolvía el dilema histórico entre "Factorio o nación", cuando en realidad la única salida estable era un modelo de acumulación agroindustrial integrado. Ahora, el axioma de Perón de que "la única verdad es la realidad" debe ser asumido por el peronismo para garantizar que el programa Bunge y Born se aplique sin afectar a la democracia política reconquistada.

En el movimiento sindical se ha generado una situación especial: por un lado, "toños" los dirigentes sindicales apoyan globo al planteo económico de ajustes del actual gobierno, pero desde diferentes ópticas. De hecho existen "dos" CGT: por un lado se ha formado el llamado grupo de los 40 (grupo de los 15 + un sector del sindicato renovador liderado por Pedraza y Andrade); por otro lado el ubaldinismo, las 62, y sectores de la renovación. El segundo es la huelga de 48 horas de 1973. El segundo es el 1975 como respuesta al rodriगo: la oposición de la CGT contra la política económica de shock del gobierno de Isabel Perón culmina en una especie de sublevación sindical contra el propio gobierno peronista. A partir del rodriगo el gobierno peronista estaba muerto políticamente y el golpe de 1976 fue solo su entierro oficial.

Entonces ¿qué está en juego en esta singular pulsada entre Menem y Ubaldini, que es solamente la primera de una secuencia?

Lo que se discute es saber quién tiene el poder real en el movimiento peronista: la cúpula política o los sindicatos. El hecho de que el conflicto se haya planteado abrumadamente en público, sin negociaciones internas, tiene que ver con un estilo —en crisis el peronismo— de relación entre partidos sindicatos, que fue válido durante la vida de Perón.

En efecto, a partir de 1946 Perón elaboró una concepción que agrupaba en ramas a los diversos sectores. Esas ramas representaban intereses sectoriales. Lo cual conducía a que se pensaran como "factores de poder" en el interior del partido. Solo la figura de Perón podía circunscribir y limitar los inter-

eses sectoriales. La fuerza de estos intereses era tal que cuando Perón, derrocado y exiliado, perdió el control directo del movimiento, el peronismo se transformó en un mosaico de sectores, solo unidos por la misericordia y la presencia —lejana pero sancionante— del caudillo.

...

Cuando Menem dobla el brazo a Ubaldini cree que impone el viejo estilo de Perón. Pero, realidad pone en funcionamiento un esquema infernal para el propio peronismo, que en tanto muestra a toda la sociedad que el movimiento puede desintegrarse fácilmente estando en el poder por incapacidad para actuar coherentemente ante la crisis. Ubaldini lo ejemplifica claramente cuando señala la reserva sindical ante los pactos sociales "que sólo cumplen los trabajadores". La consolidación de la democracia en la Argentina requiere una fluida y orgánica relación entre partido y sindicatos. Esta demanda, en el momento actual, sólo puede ser resuelta si el peronismo asume definitivamente la indicación de Perón de "institucionalizar el movimiento" y terminar con el anacrónico sistema de concierto como el escenario de negociaciones entre grupos, referentes, caudilleros y pequeños caudillos.

...

...

Lo cierto es que durante estos cinco años la CGT pudo confrontar con éxito político al gobernado radical: miles de huelgas aportaron a resquebrajar la imagen de la UCR. Pero esas huelgas apuntalaron a la formación de un nuevo bloque peronista ortodoxo, el "menemismo", orientado a aplicar ahora una política neoliberal: quizás Ubaldini reflexiona ahora que hacer huelgas al gobernado radical fue fácil, pero evitar que esas huelgas apuntalaran al neoliberalismo en marcha era algo que exigía elaborar una estrategia "más compleja" para lo cual no eran suficientes las mesísticas admoniciones de defensa de "salarios dignos" y alusiones a la virgin de Luján.

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

Sobrevivencia de una iglesia de contrarreforma

La democracia como el peor de los pecados

Guillermo Ortiz

Hora de balance. Un "tour" por la memoria: recuperación de imágenes. La imagen es el costado muerto pero más elocuente de la verdad. De una parte de la verdad. Es importante tener esto claro. Uno recuerda palabras: "La violencia de los arriba provoca la violencia de los de abajo". Disturbios. Sigue: "No quiero decir que justifico plenamente los hechos pero la dimensión de la ofensa actúa como gran atenuante". Uno recuerda las palabras del padre Héctor Luis Covello, entonces asesor eclesiástico de la Corporación de Abogados Católicos y párroco de la Iglesia de Las Victorias. Después del oficio del 84, Américo democrático. Sigue: "Que esta obra habrá sido representada en una sala como el Teatro General San Martín, significa serena negación a los elementales principios de la convivencia. Además el solo hecho de haber sido interpretada por un extranjero que sólo dirigió a una minoría no católica, ya es de por sí una monstruosidad", concluye enunciado. Lo había entrevistado al día siguiente de que un grupo de individuos de la Universidad Católica arrojara pastillas de gammexane en plena representación del Mis-

terio Buffo, del actor italiano Darío Fo. Cinco monologos independientes en los que desfilaban satíricamente el Papa, las industrias y los milagros. Una extraordinaria representación sacra en clave farsesca. Hubo insultos al actor, peleas, gritos, invitanos a subir al escenario. Los militantes católicos acataron y le dijeron "heréj". Afuera, otro grupo rompió a pedradas los ventanales del Centro Cultural que miran a la calle Corrientes. Llegó la policía, hubo corridas, mientras unos de los organizadores, el militante peronista/nacionalista Jorge Czarsky, se escabulló entre la multitud.

De acuerdo al artista reside en su "perseverancia en un esfuerzo considerado de amanecer, intuición". Y tenía razón. La relación del gobierno reformista con la Iglesia fue ciertamente áspera. Desde un primer momento. Desde la misma designación del ministro Alfonso Aramburu para la cartera de Educación, en 1933, cuando por primera vez un gobierno argentino confirmaba un hombre para ese ministerio sin recabar la opinión de prelado alguno. Hoy, que los

nombres del nuevo gabinete preludian la restauración conservadora, neocorporativista a la rujana con el sello de lo productivo, tal vez algo "camusiano" haya tenido esto de consolidar el sistema. Una "grandeza intuición". En otras palabras, un "tercerdimenso" persevereante. Parafraseando a aquellos estudiantes franceses que preferían "errar con Sartre a acertar con Raymond Aron", uno puede afirmar que es más tranquilizante fracasar con Alfonsín, que triunfar con Primatesta. O Ubaldini, por ejemplo. Apelido que concita las arangas y los ecos de tantos paros generales en este ciclo, con la imagen (siempre la misma) de obredos y banderas. Y el malo del cuento.

El artículo segundo de la Constitución Nacional es claro al respecto: "el gobierno federal sostiene el culto Católico Apostólico Romano". Y el artículo 76 en cuanto a la naturaleza del Ejecutivo señala que para ser elegido presidente es menester además de haber nacido en territorio argentino, pertenecer a la comunidad católica. Es más, entre las atribuciones del primer mandatario

figura a par del ejercicio de la administración del país, el Patronato Nacional, presentación de obispos para iglesias, catedrales, decretos conciliares, bulas, rescriptos del Sumo Pontífice de Roma, con acuerdo a la Suprema Corte y la necesidad de una ley cuando éstos contienen disposiciones generales con carácter permanente. Pasaron 130 años.

Pero vamos por partes. En primer término, los hechos de violencia encarnados a lesionar un punto clave del intento de democratización de la sociedad argentina: el ejercicio irrestricto de la libertad de expresión. Hay ejemplos concretos. Los argentinos no pudimos ver en nuestro propio país, Yo te saludo María, un filme de Jean Luc Godard. Un grupo de caballeros consideró que no teníamos derecho a observar unas imágenes en las que se ponía en duda la virginidad de María, supuesta amante en estos tiempos de un empleado de gasolinera. Los distribuidores y dueños de salas en algunos casos, optaron por evitar su proyección ante el cariz ciertamente dramático que tomaban las amenazas. Segundo caso. Imposible ver la reciente obra del

rector norteamericano Martin Scorsese, La última tentación de Cristo, basada en la novela del griego Nikos Kazantzakis. Escozor en los sectores cristianos más conservadores no sólo del país sino del mundo. Es más, en Nueva York, carcelones con la inscripción "Kazantzakis, anticristo", y custodia policial en la sala. Canadá e Italia, algo se mejanje. En España, el escándalo precedió a su puesta en escena y una portavoz de la prelatura del Opus Dei opinó que hablar de película es hacer apología a "algo horroso". El sentimiento religioso se convierte ante la imagen de Jesucristo en eyaculaciones y gritos y sostenler: "soy un pervertido". Tengo miedo de todo. Lucifer está dentro de mí, en un momento de debilidad e incertidumbre, por cierto muy humanas. Tanto como que es capaz de imaginar que soy un santo en la cruz, la renuncia a su papel de Mesías y la posibilidad natural de despedirse de hacer el amor con una María Magdalena interpretada por Bárbara Hershey.

Sabemos que renunciar al mesianismo es renunciar a una finalidad y en la vida, una instancia que no elegimos, algunos optan por la "militancia", otros por el absurdo. Pero para el absurdo hay vivir sin finalidad y eso, para estos sumos de nuestras desesperaciones, no se lleva. Todavía abdicamos a favor de la esperanza. La democracia no tiene objetivos, y no debe por qué tenerlos. Sólo asegura la multiplicidad de libertades contrapuestas, la pluralidad de proyectos. Precisamente, para salvarnos de los proyectos únicos.

Un caso: las expresiones del escritor Dalmiro Sáenz en el programa del ambientador Gerardo Sofovitch. Sáenz comentó que en la colección privada del Vaticano hay una virgen que se llama "La Virgen del Divino Trasero". Y agregó: "Es una virgen con un 'culo' precioso. Un culo muy jondo". Sofovitch preguntó si el recuerdo no era irreverente. Sáenz dijo que no y abordó que con semejantes atributos, dudaba que se manuvera en su condición durante mucho tiempo. Rises en el estudio y urgente tanda publicaria: "Responde". La Academia Católica de Buenos Aires calificó el episodio de "vergonzante y bastardo". El sindicalista y ministro de trabajo Jorge Trica opinó que las declaraciones eran "irrespetuosas y gravísimas". Asimismo, el obispo de la diócesis de Mar del Plata, monseñor Rómulo García señaló que los dichos "injurian al pueblo argentino al ridicularizar de forma chabacana y pseudocientífica a Jesucristo y la Virgen".

Para más datos, el titular del COMFER (Comité Federal de Radicodifusión) ordenó la apertura de su sumario administrativo y la Cámara Argentina de Anunciantes se sumó a la condena recomendando a sus asociados que el país llevado a un estado de "isolationismo del mundo que conduce al hartazgo insólito, y a muchos, a coimas y negociados, prebendas y favores". La acusación obispal se manutuvo durante muchos meses, alejada por repetidos ataques políticos. Diligentes diputados del блок justicialista reñidos secundados por sus pares naturales de la democracia cristiana, presentaron un pedido, en la legislatura bonaerense dirigido a la Dirección Nacional de Escuelas con el objetivo de que se informara sobre la instrumentalización del desdichado programa en las escuelas de la provincia.

El diario conservador La Nación anunció en su editorial del 19/8/87: "El proyecto no más es que la acción interestada de ciertos grupos que enmascaran en un pretendido progreso pedagógico o social, buscan afectar modalidades y valores de juventud en la civilización cristiana y ofrecer una amplia difusión de la pornografía". El tema tuvo bastante resonancia, incluso por las implicancias ideológicas que dejó trasuntar la legisladora, al relacionar la amplia y "verguber" difusión de los contenidos pornográficos con la influencia decisiva que en el país había tomado el marxismo. La encendida polémica en torno a la ley de divorcio que pretendía reconsiderar y ampliar una norma judicial "suspensionada" por otra norma de rango legal hace ya más de treinta años, se explica también por su estrecha vinculación con este tema y la necesidad religiosa de custodiar la indisolubilidad del vínculo matrimonial como resguardo de la institución monogámica.

Al otro aspecto, no desvinculado del anterior, estaría relacionado con el económico. En agosto de 1987, la Conferencia Episcopal Argentina alertó a sus súbditos y a todos los países mediante un duro y apocalíptico comunicado acerca de la cada vez más torpeza presencia en la Argentina de "ideologías materialistas importadas" que irían en contra del "presunto 'estilo de vida cristiano'" (es textual), y que se arremetían también contra los "cambios irresponsables" que se derivan de la "modernización".

Nos encontramos ante un Estado que avasalla lisa y llanamente la intimidad y el pudor, a la vez que desplaza dialécticamente a los padres de su derecho natural y propio de educar a sus hijos", señaló colérico el arzobispo de San Juan, monseñor Italo Distefano en su discurso sexual que oscurecía proyectaba el ministerio de Educación. Corría julio de 1987. Se abría así un singular sainte criollo que se empeñaba en refutar un sospechoso curso sobre la materia dictado en el propio seno del ministerio en noviembre de 1986. Los conspicuos alardos dirían que allí se habrían recomendado "prácticas más allá del pudor". El tema fue tomado cuerpo hasta que se supo de la satánica aparición de

vak, negaron que el documento acusara al gobierno de las irregularidades y sugirieron que el presidente había ejecutado una lectura rápida y parcializada de sus inconvenientes. Aclarando: "que 'la Iglesia no va a llevar a juicio a nadie'. Por lo que quedaría definitivamente claro que su función es sólo denunciar sin asumir la responsabilidad que adquiere como demandante en una sociedad democrática. Si la Iglesia está aquí para cumplir con sus derechos civicos, sólo se puede deducir que se aprovecha de ellos para presionar socialmente".

Por más allá de estos asuntos surge una conclusión que bien podría encabalgarse sobre dos aspectos. Siguiendo el hilo conceptual de las acusaciones, dichos argumentos

2.500 ejemplares de una guía de salud mental referida a la educación sexual, elaborada por una comisión mixta de educación y salud del ministerio de Acción Social de la provincia de Mendoza, gobernada en ese entonces por el radicalismo.

El secretario de Educación en ese momento, Adolfo Stubrin, explicó que la citada guía respondía a la demanda de información de parte de los propios alumnos. La Conferencia Episcopal Argentina salió nuevamente a escena: "Hoy vemos cómo se desnaturaliza el sexo no sólo con la comercialización miserable de la mujer, sino con proyectos que turcan el camino de la iniciación sexual del niño y el adolescente". Claro que el espacio es unido en un crescendo dramático cuando se hicieron públicos ciertos pasajes de la mencionada guía como los relacionados con distintas prácticas sexuales: "En la masturbación o el autoerótismo confluyen la curiosidad, el deseo, la búsqueda de sí mismo y el placer". Es por lo tanto una actividad normal, presentes desde las primeras exploraciones del bebé hasta la edad adulta", decía la guía. El Episcopado emitió otro documento convencido definitivamente de que había gente en el país, rondando peligrosamente entre nosotros, algunos ocupando cargos de importancia, que perseguían "oscuros propósitos". No otra cosa puede derivarse de un párrafo de la "abeyenda" guía que describe las prácticas "no genitales" que "de común acuerdo otorgan placer a la mujer". Era la "democracia pornográfica" en todo su esplendor, tal como lo había bautizado el cura Treviño allá por 1984. La libertad individual, la libre elección de la sexualidad. Todas nociones basadas en la custodia de la privacidad, constituyendo el núcleo de la preocupación. La ofensiva se mantuvo durante muchos meses, alejada por ataques políticos. Diligentes diputados del блок justicialista reñidos secundados por sus pares naturales de la democracia cristiana, presentaron un pedido, en la legislatura bonaerense dirigido a la Dirección Nacional de Escuelas con el objetivo de que se informara sobre la instrumentalización del desdichado programa en las escuelas de la provincia.

El diario conservador La Nación anunció en su editorial del 19/8/87: "El proyecto no más es que la acción interestada de ciertos grupos que enmascaran en un pretendido progreso pedagógico o social, buscan afectar modalidades y valores de juventud en la civilización cristiana y ofrecer una amplia difusión de la pornografía" y por lo tanto organizar. Olvidando que somos "ciudadanos" y no "hermanos". En una democracia, el área de lo público es horizontal y dispersa, mientras que el área de la familia es jerárquica y concentrada.

Se ilegó a decir que en el Salón Verde del Palacio Pizzurno, los asistentes a los cursos habrían comenzado a prodigarse a círculos, algunas hasta aflojarse la ropa interior. Una denuncia informaba de "ejercicios de aperturas de piernas" (textual). En síntesis, de lo que se trataba/trata es de la persecución del principio del placer, entendido éste como una liberación descontrolada de los instintos.

Vale decir: la persecución del placer res-

ponde a que toda revalorización del goce repercute en lo económico. En este punto se vinculan dos aspectos básicos a señalar. La noción del placer desemboca en un rescate de la idea del ocio por sobre la mística del trabajo, seña de identidad de nuestra sociedad. La difusión, entonces, de una sexualidad abierta se contrapone a la disciplina del esfuerzo y del hombre como instrumento productivo.

Hay un ejemplo emblemático. Sabemos que la defensa de la privacidad induce a variadas interpretaciones de acuerdo al aspecto al que se aluda. “Que yo defienda a los Estados Unidos, no quiere decir que todo esté bien. Que exalte su éxito económico no significa que se apruebe todo lo demás. Por ejemplo, en Estados Unidos la familia no existe”, afirmó recientemente el periodista Mariano Grondona en una emisión del programa “Tiempo Nue-

Preservar la libertad de pensamiento en el CONICET

Maria Caldelas

¿Qué ocurre en el CONICET?

Unas de las principales leyes de la conciencia democrática es la tinta la eventualidad del linchamiento de Menem en las elecciones presidenciales fue el de las consecuencias que esto podría tener sobre ciertas áreas de la vida nacional atentamente sensibles a los excesos de poder y a los exclusivismos ideológicos. Tal es el caso de la creación científica. Por eso leímos con profunda satisfacción el compromiso público asumido por un numeroso grupo de científicos peronistas, miembros del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de bregar porque se respetara plenamente la libertad de creación y de pensamiento en las nuevas condiciones de una dirección justicialista de la política científica. Sabíamos, no obstante, que de esta misma corriente política habían surgido voces, felizmente aisladas, que pretendían incursionar en los aspectos ideológicos o en las actividades políticas de miembros del CONICET, para condensar los mecanismos democratizantes y la orientación neoplurista que la administración ejercida por el Dr. Carlos R. Abeledo, había puesto en funcionamiento desde el triunfo de la democracia. La campaña de anónimos, acusaciones infundadas, de supuestas persecuciones ideológicas, de personas que, en realidad, habían sido sancionadas por la ética de los lados económicos, encontró en la prensa amanilla y en el diario *Nautilus*, del Partido Justicialista, un eco que habría más del reactionismo iluminado y recalcarante de una infima minoría del pueblo argentino, que de una invocación del espíritu democrático de la sociedad.

Las primeras disposiciones de las nuevas autoridades del Consejo Nacional de Ciencia y Técnica, el modo prepotente y desconsiderado con el que se hicieron cargo de sus tareas y la pretensión de penalizar lo hecho por la anterior administración, no puede dejar de causar profunda preocupación en toda la comunidad científica. Esta inquietud se incrementa, además, con la lectura de algunas declaraciones de funcionarios responsables del área que coinciden con los términos de la campaña de difamación a

El desconfianza y de temor suscitado por el comportamiento indecoroso de autoridades cuyo primer deber debería haber sido el respetar la continuidad del espíritu pluri-
tudinario iniciado en 1903, nos trae a la memoria épocas las que la discriminación ideológica y la caza de brujas fueron los criterios orientadores y la base del poder en el campo científico. Y las consecuencias de-
sastrosas todavía las sigue sufriendo el país.

La última separación en bloque del personal administrativo de las funciones que venía cumpliendo es otro indicio más de un profundo retorno a políticas signadas por la intolerancia y el abuso de poder, que se constituyeron en los obstáculos mayores para la constitución y consolidación de una verdadera y efectiva comunidad científica.

Como en realidad este tipo de funcionamiento del área de la ciencia viene de larga data conviene que hagamos un poco de historia. La creación del Consejo por decreto ley nº 1291/58 del gobierno de Aramburu fue hecha pensando en la conveniencia de organizar una institución fundamental para la conformación del sistema científico. El reconocimiento por parte del estado de la importancia de la labor de los científicos otorgó a éstos un instrumental valiosísimo para la constitución de un campo homogéneo de legitimación y de reconocimiento, permitiendo el establecimiento de un procedimiento de evaluación entre pares y de acuerdos para fijar las normas de la competencia y los valores científicos de su quehacer. La construcción del organismo se hizo sobre la base del aprendizaje de la constitución de otros proyectos, de intereses diferentes, según fuera la pertenencia de los protagonistas: la brevedad del conocimiento que demandaban prioridades en la distribución de los subsidios, pero también la aceptación de la pluralidad ideológica a todos los campos de la actividad científica y con más razón aún, en el de las ciencias humanas y filosóficas. Estas crite-

moria de tolerancia, vinculada con una fluida relación con otras instituciones, en particular las universidades, dio por resultado un espacio apto para la producción y la libre circulación de los conocimientos.

El régimen de Onganía fragmentó el campo científico con efecto de la intervención a las universidades y de la aplicación de la ley 17.401 de "reparto al comisionado" que el ministro CONICET no implementó, ni siquiera la ejecución de la legislación que permitió la exclusión de las universidades de las normas de carácter ideológico coadyuvó a la ruptura y condujo al abandono de la vida académica y a la emigración a gran cantidad de investigadores. En el escenario de una política autoritaria, la rotación de autoridades del Consejo—designada por el Poder Ejecutivo—previo consulta a las organizaciones científicas—quedó invalidada como mecanismo democrático a causa de política de exclusiones. Dada la importancia del Directorio—ya que a través de la presencia de sus integrantes en cada una de las instancias de decisión se definirían las formas de ejecución de la política científica—la falta de pluralismo comenzó a dibujar un perfil de la institución caracterizado por el abandono de la representación del interés general al permitir la conformación de un grupo de poder que imprimió a la institución un rumbo marcado por los intereses particulares de dicho grupo. La continuidad del proyecto esbozado durante la "Revolución Argentina" puede rastrearse hasta 1983, siendo su momento de consolidación y profundización el año de las dictaduras militar instaurada en 1976. A partir de ese año se comenzó la modificación del Consejo con resultados de la modificación de la ley de creación pero también con el efecto de la estructuración de las farnas de la organización de la investigación—sistemas de institutos y centros regionales, incorporación de fundaciones como administradoras de los subsidios—lo que da por resultado el debilitamiento de la institución en tanto árbol de la calidad científica y promotor del desarrollo de las ciencias para convertirla en media intermedia de subsidios y financiamientos.

ciales por vejez o accidente, subsidios de desempleo etc., sean más insolidaria que la de antaño.

te escogid

Una sociedad diversa y desarrollada subvierte necesariamente los atavismos. No es extraño que el Episcopado en otro de sus comunicados se haya expedido preocupado por una tendencia al "consumismo asfixiante que invierte los valores". Y es verdad. El aumento de la oferta de las sociedades desarrrolladas obliga a un cambio en las conductas. Mayor poder adquisitivo significa mayor posibilidad de aprovechamiento de la multiplicidad de opciones.

De ahí que la Iglesia privilegió la caridad antes que la competencia, y arreó contra la sociedad "insolidaria" que nos rodea (acompañada por determinados portavoces de la autodenominada Izquierda nacional) como si la sociedad actual en la que el hombre está informado al instante de cualquier catástrofe que ocurre en el otro lado del planeta, en la que existen prestaciones so-

DOCUMENTOS

XVII CONGRESO DE LA INTERNACIONAL SOCIALISTA
ESTOCOLMO 20-22 DE JUNIO 1980

Declaración de Principios de la Institución Socialista

Presidente	Lionel Jospin	15. Etsushi Nagasue
Willy Brandt	Auker-Jørgensen	16. Daniel Oñate
Secretario General	Brigido Borja	17. Shirō Perez
Luis Ayala	Michael Harrington	18. Carlos Andes Perez
II Presidentes honorarios	Gonzalo Barrios	19. Enrique Silva Cimma
	Joe Van Eerd	20. Wim Kok
	Michael Foucault	21. Katsuji Sersa
	Bruno Kähnns	22. Guillermo Ungo
	Síaco Mansholt	23. Hans-Jochen Vogel
	Ian Mikardo	24. Leontine Bircza
	Sandro Pertini	25. Wald Jumbatt
IV Vice-presidentes	1. Ed Broadbent	Cuatro vice-presidentes ex-
	2. Karl-Heinz Bründl- land	oficio
VII Presidentes honorarios	3. Ingvar Carlsson	Anita Gradić (SIW)
	4. Bettino Craxi	Alfred Gruenhaber (USY)
	5. Abdou Diouf	José Francisco Pata Gomez (SCLAC)
	6. Felipe González	Guillermo Sánchez (CSPEC)
	7. Bob Hawke	
	8. Svend Povlsen	
	9. Pierre Mauroy	
	10. Neil Kinnock	
	11. Franzi Trantoky	
	12. David Lange	
	13. Michael Manley	
	14. Vaclav Klaus	

iniciativas y operaciones pacificadoras de esa misma importancia.

Las agencias especializadas de la ONU, como ILO, UNDP, y organismos como el PNUD y la UNESCO, han demostrado que gobernios y ciudadanos de diferentes países pueden colaborar con eficacia para la realización de objetivos internacionales comunes.

99. No sería falso afirmar que la justicia y la paz pueden instrumentalizarse para el desarrollo económico, porque quienes tienen los recursos para invertir en la mejora de la infraestructura, las personas que trabajan en la administración pública y los profesionales que contribuyen a la elaboración de la legislación, son las que impulsan la actividad económica.

Al igual, que las instituciones que promueven la protección de los derechos humanos y las libertades civiles en las estructuras actuales capitalistas consagran la producción de medios de bienestar y solidaridad, que posibilitan la supervivencia de la democracia en cada país, así como la lucha por la abolición de la desigualdad internacional se dará un paso decisivo en el camino hacia una sociedad democrática mundial.

100. No es posible hacerse ilusiones de que ese ideal pueda alcanzarse a corto plazo, pero la creación de un mundo plural y democrático basado en el consentimiento y la cooperación, es una condición imprescindible para el progreso social y político, la que constituye la base de una enseñanza en el campo de la ética.

Confiamos en que los estudiantes hispánicos puedan vivir y trabajar en su país, libre, humano y solidario.

Confiamos en que la solidaridad de nuestros principios, la fuerza de nuestros sentimientos y la amistad entre los pueblos nos apoyen en la construcción de un futuro deseable democrático en el que la libertad, la igualdad y la justicia sean la norma.

En el año 1971, el Dr. José Martí, fundador de la Sociedad Secretaria Mundial, escribió:

...que no conoce los pilares de solidaridad y comunidad democrática.

En el año 1971, se evidenció que el movimiento socialista en todo el mundo, en todos los países de solidaridad y comunidad democrática.

En un nuevo orden democrático

hasta Taine y otros, funda sus raíces en ese precezo rechazo de los valores universales proclamados por el '89. También la crítica del joven Marx (*La cuestión judía. La sagrada familia. Introducción a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho*) reconoce como central la contradicción entre realidad y apariencia. La soberanía democrática, en efecto, no sería otra cosa que la imagen "alienada" de una universalidad de la cual no hay nistrucción en la sociedad real; la historia de *sor toutes citoyens* (*ciudadanos*) sólo hay *bourgeois*. Aparente es la igualdad, real es la diversidad: las promesas de la democracia son, por consiguiente, ilusiones.

Sin embargo, es interesante observar que Tocqueville, en su libro sobre la democracia americana, había notado el mismo fenómeno: que el individuo democrático imagina a sí mismo igual a sus semejantes, mientras que la sociedad y la naturaleza no creen en poder designialidades. Pero allí donde Marx denunciaba esa contradicción entre realidad y apariencia como el "escándalo" de la sociedad burguesa, y se proponía abolirla, para Tocqueville esa igualdad puramente "imaginaria" era precisamente el secreto de la vitalidad de los regímenes democráticos porque mantenía abierta una dialéctica permanente, confiriendo a las sociedades modernas su inquietud y animación característica. La democracia es un "empeño" por la igualdad: vive precisamente en esta tensión, entre una igualdad que nunca podrá resultar íntegramente entre los hombres concretos y una intención de igualdad, una idealidad, una aspiración a ser siempre más iguales; que jamás necesita ser abandonada puesto que, junto con la libertad, son los que oportúan sentido y nobleza a la acción por mejorar a la sociedad en la que vivimos. A la luz de la experiencia de los últimos dos siglos, esta intuición del valor socialmente dinámico de la democracia se ha revelado, a mi parecer, como más iluminadora que las críticas radicales a los "derechos del '89". La igualdad democrática (aunque sea "fotom") ha resultado el terreno más fértil para hacer avanzar la igualdad real.

Sin una referencia precisa a esta naturaleza dinámica de la "ficción" democrática resulta difícil apreciar adecuadamente el debate sobre las grandes opciones ideales que desde hace tiempo están comprometiendo a las componentes con mayor vitalidad de la izquierda europea e internacional. La afirmación del "valor universal de la democracia" representa, en efecto, uno de los puntos de llegada más significativos de una búsquedas que se ha medido concretamente con las adquisiciones y con los límites de culturas políticas como la liberal y la marxista (marxianas) sintomáticamente por una concepción reduciva de la democracia. También el debate que se está sucediendo en estas semanas, a partir de algunas observaciones contenidas en una reciente intervención de Achille Occhetto, se inscribe con todo derecho en una búsqueda cultural y política que desde hace tiempo pretende medir sus propios valores con el metro de la experiencia histórica y de la cambiante realidad contemporánea. En este sentido, la afirmación según cuius el pci es "hiyo" de aquél "gran acto de la historia" que fue la Declaración del 1789 no significa, en efecto, que se retorna al acto cero, ni tanto menos que se han "superado 199 años", como afirma *Il Manifesto*. Precisamente porque estos años no pasaron en vano nosotros estamos hoy en condiciones de observar el acto de nacimiento de la democracia moderna como un acontecimiento bastante más rico y complejo que las interpretaciones simplificadas que de él (tanto de parte liberal como de parte marxista) se han ofrecido.

Es cierto que, como recordó Rossana Rossanda, aquella célebre "Declaración"



mocrático y en el protagonismo de las grandes masas.

La democracia, los derechos del hombre, una sociedad fundada sobre hombres libres e iguales, emanados de toda trascendencia, el mismo valor de la *égalité*, son todos juntos la sustancia irreñunciable del mundo en el que vivimos, y sin embargo constituyen también una herencia problemática, puesto que representan los ingredientes de una modernidad no conciliada con su misma. Lo demuestra la aterradora y conflictiva dinámica de la revolución francesa, que en aquellos principios se basó, pero también polemizó, al finalizar el siglo XX, cuando más somos a los "ampliaciones" de la democracia de masa. Y lo demuestra un registro totalmente distinto: los recurrentes estelares colectivos que nacen del desarreglo que provoca una existencia cada circunscripción en la propia dimensión inmanente.

Esta problemática deriva de la circunstancia de que muchos de aquellos derechos todavía no se han realizado por completo, o son Enriquecidos sobre la base de las nuevas experiencias, a través de esa tensión dinámica, propia de la democracia, hacia un desarrollo cada vez más pleno de la igualdad de los ciudadanos y una ampliación de las bases sociales del estado. En este cuadro desempeña un papel inestimable la iniciativa política de una gran fuerza de la izquierda como el pci. Es una iniciativa que se coloca en el centro de las grandes ideas de emancipación y reforma propias de la tradición socialista: tradición que se renueva a la luz de los cambios profundos que se producen ante nuestros ojos y que recibieron, de parte de todos nosotros, un cambio de mentalidad.

En Moscú, en el corazón del "socialismo real", un nuevo grupo dirigente está experimentando una política de reforma que vuelve a poner en discusión las bases sobre las que históricamente se construyó la sociedad soviética. En el mundo se abren las perspectivas de una cooperación entre "sistema socialista" y "sistema capitalista", en nombre de los intereses más generales de la humanidad, amenazada por peligros planetarios hasta ayer inimaginables. La afirmación y la consolidación de los valores de la democracia, con su dinamismo intrínseco, tornan cada vez más significativa la elección de la no-violencia como metodología para resolver positivamente los grandes problemas de los pueblos y de las clases. En el interior de los países europeos aparecen formas nuevas de exclusión y de marginación social, nuevas desigualdades, que reactualizan la temática de los "derechos de ciudadanía".

Parece agotarse gradualmente la ofensiva cultural neoliberista; en la medida en que la izquierda es capaz de renovarse, y no se limita a optar valores abstractos a otros valores abstractos, el valor de la igualdad y de la solidaridad de la libertad y de la movilidad social, como si se tratara de una elección de civilidad, y no un cambio de exigencias distintas pero irrenunciables de las sociedades en las que vivimos, también las simplificaciones ideológicas de la derecha han mostrado su alienamiento.

La renovación de la cultura de la izquierda es un gran desafío que viene impuesto por las cosas mismas. No es un proceso que nadie hoy, tiene la historia de la izquierda, pero recorre en esta fase de un empeloso salto de calidad para superar las diferencias, las incomprendiciones, los conservatismos, que inevitablemente se manifiestan cuando se trata de ir más allá de las experiencias que han estructurado históricamente el pensamiento autoritario, encerradas en el principio de

La revolución francesa aparece inmediatamente a sus intérpretes, que desde posiciones opuestas, como una línea divisoria destinada a dividir una nueva época. Con 1789 no se asiste, en efecto, a una medida rediducción de las relaciones entre subditos y soberanos, sino al nacimiento de una nación soberana que suprime las barreras políticas entre los estamentos sociales con la bandera de los derechos universales de libertad, igualdad, fraternidad. ¿Cuál es hoy la importancia y qué implicaciones específicas tienen estos derechos universales, reiteradamente cuestionados, con críticas de distinto signo, por su carácter abstracto, ilusorio y formal desde el punto de vista jurídico?

?

Critica del carácter abstracto de los derechos universales y su vínculo con el orden censitario de la sociedad europea del siglo XIX. La URSS estaliniana y su rechazo del formalismo jurídico. La posición de Marx en *La cuestión judía*. Sociedad

compleja y pensamiento igualitario, individualismo y solidaridad. ¿Cómo salir de los dilemas de la tradición?

Reforma moral e intelectual y no violencia. La igualdad no puede sustituir la libertad. Las nuevas formas de tiranías silenciosas en la sociedad atomística y de masa y el diagnóstico de Tocqueville. Las líneas posibles de una comunidad futura.



formal del derecho.

En Giovanni: Acaso se asiste también a algo más con la revolución francesa: al nacimiento de la libertad moderna, de la moderna libertad política, como lo vio inmediatamente (y lo continúa viendo por toda la vida) Hegel. En este sentido, la revolución francesa permaneció como una divisoria de aguas y me parece que debemos mirar al menos con perplejidad todas las "tomas de distancia" que sobre la ola de problemas historiográficos también serios conducen a oscurecer este dato esencial que debe ser subrayado. Es necesario distinguir, en suma, entre la necesidad del revisionismo his-

tórico (que indica nada más y nada menos que el problema, para decirlo con una expresión célebre, de la contemporaneidad de toma de historia) y el apresurado corte de raíz de las modernas ideologías democráticas ante el temor de permanecer aisladxs del coro —para hacer referencia a las propuestas que emergen en la cultura de inspiración católica— el discurso sobre los "derechos humanos" y aquello otro de la "solidaridad" (considerado etéreo, precapitalista, etc.).

A estas imprecisiones se puede dar una respuesta desde el punto de vista de los principios y una respuesta desde el punto de vista de los hechos. Desde el primer punto de vista se debe admitir que la afirmación de los derechos, como también de los valores

¿Cómo dar nueva vida a los principios del '89?

El sueño de un nuevo ciudadano

Umberto Cerroni, Biagio de Giovanni, Francesco Totaro y Salvatore Veca

Kant. *Qué es el iluminismo*: revolución es más fervor, vida, organización de necesidades, ideas, principios que se hacen visibles, crecimiento de la densidad intelectual y moral, ampliación concreta del campo de la historia de lo que no es Estado o nueva jerarquía jacobina que deriva de su efectivo realizarlo. Todo esto debe ser visto incluido en el campo de nuestra conciencia.

Los derechos universales de la se habla en la pregunta debe ser acogidos con más líneas de tendencia a una dialéctica permanente, incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en *La cuestión judía* su carácter abstracto no definía como simplemente ilusorios, sino que intentaba medirlos con la concreta realidad de la relación entre sociedad y política, entre derechos sociales y políticos, para que se acuñaran lo más posible en la realidad, para que pudieran responder lo mejor posible a aquella dialéctica permanente e incumplida, así como los acuerdos en su tiempo Marx. Cuando critica en <i

también una tara *sustancial* de adquisición, tutela y expansión de un bienestar vinculado a la condición *universal* de ciudadanía. Al estado que planifica, interviene y dirige no aparece extraña una persistente vocación jacobina, aun cuando ésta mezclada —como en el caso italiano— con el clasicismo proletario de matriz marxista y el solidarismo de la persona de marca católica.

No es finalmente paradojico ver rasgos de jacobinismo en las teorías hoy a la *página* de política "sistémica", con el éxito decisivo al cual arriban. Se trataría en última instancia de un jacobinismo sin sujetos, pero la anulación de los sujetos, sacrificados a la voluntad política general, ¡no es acaso el éxito extremo de un jacobinismo jugado en clave de eficiente burocratismo? En definitiva, si nos ponemos en camino hacia una exploración en serio acaso cada uno descubra el propio jacobinismo. Así las cosas, ¿cuál es el jacobinismo que se debe asumir y cuál el que se debe rechazar?

Veas. El "modelo jacobino" parece ser el equivalente, en el siglo XX, del absolutismo de las monarquías centralizadoras europeas en el siglo XVI. En ambos casos se trata de élites que guían desde lo alto la modernización y se imponen tareas de "construcción" de una sociedad que escapa de la escasez, del estancamiento y del subdesarrollo. Las revoluciones campesinas europeas derrotadas en el siglo XVI, produjeron sociedades que sólo dos siglos más tarde conocieron los efectos de la libertad. Las revoluciones campesinas victoriosas que se produjeron en este siglo, guiadas por élites jacobinas, comienzan a afrontar el desafío de la libertad y del pluralismo (que es incompatible con cualquier versión del jacobinismo viejo o nuevo). Esta reflexión en partes es debida a B. Moore. Huntington sostuvo que en los siglos XVI y XVII el rey llegó a ser canonizado; en el siglo XX lo ha sido el partido revolucionario en las sociedades que, como había observado agudamente Gramsci, habían hecho la revolución contra *El Capital*. El "modelo jacobino", desde un pun-

to de vista conceptual, presupone a la vez un estado débil y una sociedad atresada y estancada. La historia, naturalmente, es infinitamente más rica y compleja que cualquiera de nuestras teorías. Sin embargo creo que se puede sostener que en una democracia pluralista el "modelo jacobino" es políticamente incoherente como moralmente desaprobable.

Revolución, contrarrevolución y liberalismo constituyen esquemáticamente tres respuestas distintas a la crisis política de los regímenes civiles. A fines de este siglo y a doscientos años de 1789, ¿es posible sobreponer estas alternativas varias veces recurrentes, y en dirección de cuál nuevo equilibrio entre libertad e igualdad?

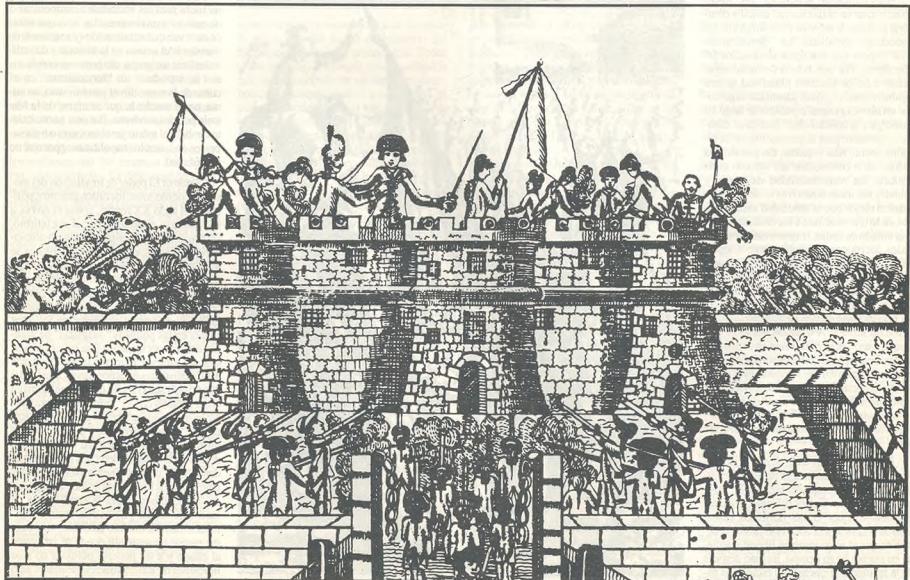
Cerrón: La idea de revolución se fundó en Europa en relación estricta con la existencia de un sistema político con sufragio extremadamente restringido. Esto creará la convicción de que para combatir el ordenamiento sociopolítico como no sea recurriendo a la violencia. El sufragio universal debe por eso ser asumido como el criterio fundamental para distinguir el viejo régimen liberal del régimen democrático propiamente dicho. Con el sufragio universal todo pretensión de cambiar el ordenamiento social con la violencia es sólo un signo de la incapacidad de medios con el consenso de las mismas grandes masas que se quieren emancipar. Con el sufragio universal resulta verdadero (y necesario) que los trabajadores (y las masas) se liberen por sí solos. La única condición es que ellas adquieran una cultura que suprima su subordinación intelectual. Por esto, no parece, Gramsci tuvo que decir (antes aún que el sufragio universal fuese introducido en su país) que en Occidente la revolución podrá ser sólo una forma moral e intelectual. Y el fin de la subalternidad intelectual de los trabajadores determina la asunción sin reservas de los grandes problemas de la libertad además de la igualdad, en la convicción de que la igualdad es inducida por la libertad y que, en todo caso, no puede sustituirla.

Totaro: En una óptica descriptiva, ya diría que revolución, contrarrevolución y liberalismo económico constituyen tres respuestas distintas tanto al problema del ordenamiento de la sociedad como al del ordenamiento de la cultura. El debate como a la diferencia moral y intelectual. Y el fin de la subalternidad intelectual de los trabajadores

determina la asunción sin reservas de los grandes problemas de la libertad además de la igualdad, en la convicción de que la igualdad es inducida por la libertad y que, en todo caso, no puede sustituirla.

O bien: ¿no sería auspiciosa una sabia mezcla entre los diversos tipos para conseguir el máximo de ganancia posible? Francamente no pienso que un modo ingenieril de pensar nos pueda ayudar mucho. Por motivos también comprensibles, no me parece que nuestra tarea actual se simplifique en la búsqueda de la doblefacción ideal de libertad e igualdad. La historia, desdichadamente, no se proyecta con instrumentos de faraónicos. Tú otras palabras, no creo que libertad e igualdad puedan proceder separadamente para luego ser equilibradas sucesivamente o apoderadas. Nadie debería alimentar excesivas dudas sobre el hecho de que, o si piensa la libertad, ya en su raíz, en el acuerdo posible con la igualdad (y viceversa) o bien la igualdad está entimbrada inevitablemente a la derrota (o, al menos, es visto claramente prejuicada). Entonces, ¿cómo pensar —y practicar— libertad e igualdad de manera tal que se contenga recíprocamente y se complementen? Con responsabilidad importante, la tradición liberal me parece inadecuada en la medida en que se refugia en la propuesta de reglas de juego o de procedimientos de intercambio leal sin avanzar hasta el reconocimiento de un bien originariamente *común* a los sujetos de la relación social. La permanencia de la cultura del liberalismo en la perspectiva del atomismo del individuo es, para decirlo brevemente, preocupante. Por otra parte, otras posiciones culturales, como aquellas de ascendencia "revolucionaria", experimentaron su límite en las deficiencias de la adhesión individual o del protagonismo de los individuos. No quisiera concluir con una pequeña predicción, pero reflexionar sobre el enorme potencial —igualmente laico— del concepto de persona, ¿no podría contribuir a desbloquear la impasse?

[Este debate, que estuvo a cargo de Bruno Gramignolo, fue publicado en *Rinascita* (suplemento *Il Contemporaneo* dedicado a los doscientos años de la revolución francesa), núm. 9, del 11 de marzo de 1989. Traducido del italiano por Jorge Tula.]



La independencia política

Los modelos políticos surgen de realidades concretas y de las necesidades que éstas imponen; para poder concebirlos es necesario existir, subsistir y por sobre todas las cosas contar con el más amplio apoyo popular neutralizando aquellos factores destructores de la revolución. Es necesario también realizar concesiones, aunque sean costosas, provocuen ardidas discusiones internas, confusión y ocasionalmente pérdida de credibilidad por parte de la dirección revolucionaria ante los ojos de las masas.

La lucha sandinista contra Somoza contó con un consenso muy amplio dentro y fuera de Nicaragua logrando el apoyo de gobierno y partidos políticos de variadas vertientes ideológicas. Los sandinistas buscaron que se transformara posteriormente en un movimiento de apoyo a su gestión gubernamental. No significaba un mero juego táctico pues la solidaridad internacional había jugado un papel fundamental en el derrocamiento de la dictadura, fue parte de la revolución y es lo que el sociólogo nicaragüense Orlando Núñez denomina —apl-

estáticas y a Nicaragua como amenaza a su seguridad. Al reclamar el gobierno sandinista el cese de las hostilidades militares de la "contra", su disposición a suscribir pactos de no agresión con todos los países fronterizos, y por sobre todo el reconocimiento por parte de los Estados Unidos de la independencia nacional nicaragüense, se está desestruturando el consenso para una invasión militar y la fuente ideológica que sustenta la postura de la Casa Blanca.

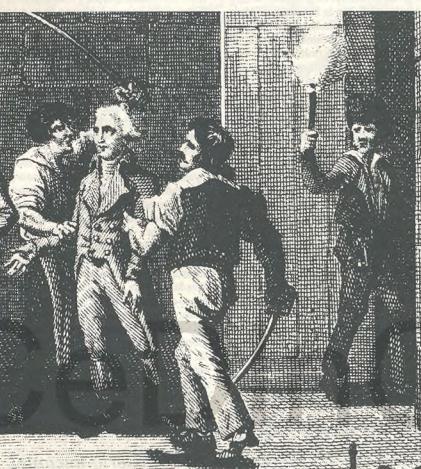
Durante el pasado cuarto de siglo —afirma Núñez— el movimiento de oposición a las políticas intervencionistas en el tercer mundo se ha convertido en una fuerza poderosa en la política norteamericana. Este movimiento, que frecuentemente se ha caracterizado como antirrevisionista, antiimperialista o en solidaridad con los movimientos de liberación del tercer mundo, constituye el núcleo de la cuarta fuerza en los Estados Unidos".¹

Esta fuerza es la conjunción de la crisis socio-económica y moral que atraviesan las sociedades capitalistas desarrolladas. Principalmente los Estados Unidos que, en defensa de los valores tradicionales de la sociedad "occidental y cristiana", ha perpetrado intervenciones militares y genocidios en el Tercer Mundo. El surgimiento de los nuevos movimientos sociales (Estados Unidos y Europa (ecologistas, feministas, por el desarme nuclear, etc.) le plantean un desafío a las viejas estructuras tradicionales y han visto atraídos por la política de paz implementada por el Sandinismo. Su credibilidad —contrariamente a la política imperial de los Estados Unidos— se basa en su permanente y terca búsqueda de la paz.

En este sentido todas las propuestas de paz nicaragüenses reafirman su independencia política en la construcción de un modelo alternativo de sociedad, para lo cual lo principal es evitar una invasión militar que destruya el proyecto político vigente. Estos conceptos difieren de la estrategia global de los Estados Unidos que consideran a Centroamérica parte integral de sus fronteras imperiales de los Estados Unidos (...). De manera que cuando los ideólogos de la cuarta frontera hablan de la amenaza que una nación pequeña, pobre, débil y orgullosa, como la nuestra, representa para la seguridad nacional de los Estados Unidos, están mintiendo deliberadamente. Nicaragua en Revolución, como país soberano que ha conquistado una identidad nacional, que ha ac-

cedido a un perfil histórico que fue negado siempre, no puede ser una amenaza para la seguridad nacional de un país poderoso, de una gran potencia militar del mundo, por muy cerca que estemos en sus fronteras...²

Pedro Brieger



cando una nueva categoría en las ciencias sociales: la "Cuarto Fuerza Social".

"Durante el pasado cuarto de siglo —afirma Núñez— el movimiento de oposición a las políticas intervencionistas en el tercer mundo se ha convertido en una fuerza poderosa en la política norteamericana. Este movimiento, que frecuentemente se ha caracterizado como antirrevisionista, antiimperialista o en solidaridad con los movimientos de liberación del tercer mundo, constituye el núcleo de la cuarta fuerza en los Estados Unidos".¹

La respuesta sandinista a este "lóbrego" de los Estados Unidos se desdobla y se articula en torno a dos ejes: 1) Las ofensivas militares que le han permitido una legitimidad internacional nunca antes lograda por una revolución en transición al socialismo y el apoyo de aliados tradicionales a los Estados Unidos como gobiernos europeos, sectores influyentes de la Iglesia y intelectuales de renombre.² Por otro lado los sandinistas siempre se basaron en la movilización y organización de las masas en defensa de la revolución. Aunque la oposición se opusiera y los "contras" plantearan la desmovilización popular, el pueblo se articula a través de la vigilancia revolucionaria, las milicias armadas para defender los barrios y la producción, los barrios de reserva y el Ejército Popular Sandinista en estrecha relación con el gobierno sandinista.

Las negociaciones en Contadora, Esquipulas y Sapodilla tomadas globalmente significaron un nuevo paso hacia la finalización de la guerra contrarrevolucionaria. Las diferencias entre la Casa Blanca y sectores de la "contra" por la firma de los acuerdos de Contadora en 1988 revelaron la debilidad coyuntural de la política de Reagan en un año de elecciones en los Estados Unidos. El docu-

ve estratégico de la contrarrevolución armada que había comenzado en 1985 encontraba también su expresión política. Los acuerdos, que significaron una victoria del gobierno sandinista, lograron dividir a la cúpula de la "contra" que debía remitirse a aceptar las condiciones impuestas por los sandinistas: la única forma de diálogo sería con la oposición —cuálquier oposición interna al gobierno— que respetara las leyes y depusiera toda actividad armada. Es que la cuestión central en la revolución nicaragüense y en todos los procesos de transición al socialismo sigue siendo la cuestión del poder y, como afirma Daniel Ortega: "los Estados Unidos no pueden derrotar al Frente Sandinista, sin embargo existían movimientos y partidos que no respaldaban al sandinismo y se le oponían. Ante lo complejo de la nueva realidad en un estado de transición al socialismo, la heterogeneidad de ideas y las experiencias históricas, los sandinistas optaron por un camino diferente, tal vez el más complejo: permitir la libre organización en el país de la más amplia democracia pluralista.

El pueblo organizado en los movimientos de masas constituye un referente de tal magnitud que los sandinistas están dispuestos a librar la batalla ideológica frente a los otros partidos para continuar hegemonizando el proceso en base a su programa político revolucionario.

La institucionalización

ha permitido consolidar un consenso interno y externo del proceso en curso, que obliga a quien no lo acepte a situarse por fuera de la legalidad y en relación con la "contra" dirigida y financiada por los Estados Unidos.

Las elecciones realizadas en 1984 reflejaron el abrumador apoyo recibido por el Frente Sandinista. El 67% de los votos es uno de los más altos porcentajes recibidos por un gobierno democráticamente elegido por medio de las urnas, otorgándole una mayoría absoluta en la Asamblea Nacional. El voto sandinista fue un "voto consciente"; a pesar de las protestas y las críticas al gobierno, al Frente, a las organizaciones de masas,

existe una comprensión básica de que los problemas económicos y la agresión yanqui no son responsabilidad del FSLN, como lo afirma la oposición.

Las elecciones contaron con una particularidad: cientos de observadores de todo el mundo representando periódicos, partidos políticos y gobiernos diferentes, presenciaron la participación masiva y libre en la contienda electoral. Miembros de partidos conservadores, liberales, demócratas, socialistas y lógicamente representante de movimientos revolucionarios que vinieron a aprender de la experiencia sandinista. De esta manera se buscaba lograr el máximo apoyo internacional y que éste se proyecte al de la nueva realidad en un estado de transición al socialismo, la heterogeneidad de ideas y las experiencias históricas, los sandinistas optaron por un camino diferente, tal vez el más complejo: permitir la libre organización en el país de la más amplia democracia pluralista.

El pueblo organizado en los movimientos de masas constituye un referente de tal magnitud que los sandinistas están dispuestos a librar la batalla ideológica frente a los otros partidos para continuar hegemonizando el proceso en base a su programa político revolucionario. La institucionalización ha permitido consolidar un consenso interno y externo del proceso en curso, que obliga a quien no lo acepte a situarse por fuera de la legalidad y en relación con la "contra" dirigida y financiada por los Estados Unidos.

En las elecciones de 1989 la disyuntiva "Paz-Guerra" influyó y condicionó al electorado, determinando el carácter del voto, que también puede castigar a los sandinistas, aunque estos no sean los responsables de la guerra. Los problemas económicos —agravados después del terremoto que destruyó zonas enteras de la Costa Atlántica— son muy graves y un pueblo no puede sobrevivir en basta a la miseria revolucionaria; además votará por primera vez una generación de jóvenes que no conoció directamente la dictadura somocista y creció conjuntamente con el sandinismo en el poder.

En las elecciones realizadas en 1984 reflejaron el abrumador apoyo recibido por el Frente Sandinista. El 67% de los votos es uno de los más altos porcentajes recibidos por un gobierno democráticamente elegido por medio de las urnas, otorgándole una mayoría absoluta en la Asamblea Nacional. El voto sandinista fue un "voto consciente"; a pesar de las protestas y las críticas al gobierno, al Frente, a las organizaciones de masas,

existen una comprensión básica de que los problemas económicos y la agresión yanqui no son responsabilidad del FSLN, como lo afirma la oposición.

Las elecciones contaron con una particularidad: cientos de observadores de todo el mundo representando periódicos, partidos políticos y gobiernos diferentes, presenciaron la participación masiva y libre en la contienda electoral. Miembros de partidos conservadores, liberales, demócratas, socialistas y lógicamente representante de movimientos revolucionarios que vinieron a aprender de la experiencia sandinista. De esta manera se buscaba lograr el máximo apoyo internacional y que éste se proyecte al de la nueva realidad en un estado de transición al socialismo, la heterogeneidad de ideas y las experiencias históricas, los sandinistas optaron por un camino diferente, tal vez el más complejo: permitir la libre organización en el país de la más amplia democracia pluralista.

El pueblo organizado en los movimientos de masas constituye un referente de tal magnitud que los sandinistas están dispuestos a librar la batalla ideológica frente a los otros partidos para continuar hegemonizando el proceso en base a su programa político revolucionario. La institucionalización

ha permitido consolidar un consenso interno y externo del proceso en curso, que obliga a quien no lo acepte a situarse por fuera de la legalidad y en relación con la "contra" dirigida y financiada por los Estados Unidos.

En las elecciones de 1989 la disyuntiva "Paz-Guerra" influyó y condicionó al electorado, determinando el carácter del voto, que también puede castigar a los sandinistas, aunque estos no sean los responsables de la guerra. Los problemas económicos —agravados después del terremoto que destruyó zonas enteras de la Costa Atlántica— son muy graves y un pueblo no puede sobrevivir en basta a la miseria revolucionaria; además votará por primera vez una generación de jóvenes que no conoció directamente la dictadura somocista y creció conjuntamente con el sandinismo en el poder.

En las elecciones realizadas en 1984 reflejaron el abrumador apoyo recibido por el Frente Sandinista. El 67% de los votos es uno de los más altos porcentajes recibidos por un gobierno democráticamente elegido por medio de las urnas, otorgándole una mayoría absoluta en la Asamblea Nacional. El voto sandinista fue un "voto consciente"; a pesar de las protestas y las críticas al gobierno, al Frente, a las organizaciones de masas,

Por estos factores es que la batalla ideológica cobró fundamental trascendencia, pero estará siempre condicionada por la realidad; y el destino de la revolución sandinista depende aún de las relaciones de fuerzas internas en los Estados Unidos y de la continuación de la guerra —abierta o encubierta— dirigida desde los Estados Unidos.

Notas

¹ Orlando Núñez y Roger Burbach: *Democracia y Revolución en las Américas* (Agenda para un debate). Ed. Vanguardia, Managua, 1986. Pág. 209.

² Sergio Ramírez: "Nicaragua, la primera frontera". Discurso en el Congreso sobre el Pensamiento Popular. La Habana, Biblioteca Nacional de Nicaragua. Simón Bolívar, Caracas, junio 1983, tomado de Sergio Ramírez: *Los armas del futuro*. Ed. Nuevo Nicaragua, 1987. Pág. 222.

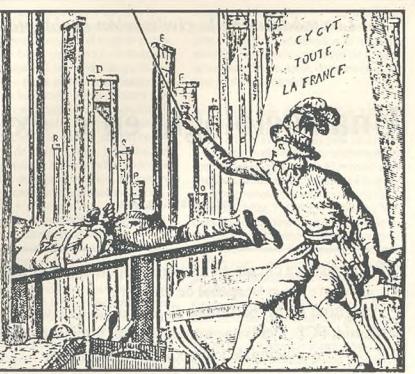
³ "Sentencia de la Corte Internacional de Justicia de La Haya en la demanda presentada por Nicaragua contra la agresión de los Estados Unidos". Publicado por la Embajada de Nicaragua en Bruselas. Biblioteca Nacional de Nicaragua. Pág. 3.

⁴ Citedo por Oscar Read Vargas en "Reflexiones sobre la política de la Administración Reagan hacia Nicaragua en 1985". Presentación en el Congreso Nicaragüense de Ciencias Sociales, agosto-set. 1985. Managua, Nicargua. Pág. 3.

⁵ "Clarín", Buenos Aires, 14.9.88.

⁶ Según declaraciones del Cte. Jaime Wheelock en 1985 había más de 40.000 miembros en la Asociación de Trabajadores Campesinos (ATC), 15.000 en la Central Sandinista de los Trabajadores (CST), 7.000 en la Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amanda Espinoza (AMNLAE); 30.000 en la Juventud Sandinista; 500.000 en los comités de Defensa Popular; 100.000 en las cooperativas de consumo de los Agricultores y Ganaderos (UNAG). Esto en un país de 3 millones de habitantes. Tomado de Claude Devillers: "La movilización de masas y las elecciones planificadas". En: *International View Point* Nº 40, París 26.3.84. Pág. 11.

⁷ Pedro Bráger es ayudante docente en el Seminario "Sociólogos de transición al socialismo" de la cátedra de Sociología de la UIA y autor del libro *Adelante ya Nicaragua*, Mención "Casa de las Américas" 1989. Bs. As., Diálectica, 1989.



historia de ontología mesoáfrica, según la cual, en la Argentina no existían conflictos de clases... sino de razas. Ciertos historiadores de esta congregación ayudan a la cuestión con consideraciones explicativas de suerte paleolítica. Marx, Trotski, Rosa Luxemburgo, revolucionarios comunistas consumados, eran judíos. En virtud de este silogismo invertido, recurso del pensamiento prelogístico, creían demostrados los asertos que involucraban aquella colectividad en una suerte de asonada socialista de escala planetaria.

"El juicio, sin Dios, ni patria"—ponficiaba un historiador cuya argumentación evocan ciertas formas de vida que proliferaron en el período jurásico—, está transformando así la mentalidad de ese proletariado joven, que forma hoy la masa de la población argentina un 70 por ciento... [Algunos gobernantes democráticos hablan fomentado] la inmigración en masa de toda clase de extranjeros apátridas... checoslovacos, polacos... moscovitas, etc., invaden nuestras ciudades y nuestros campos como mendigos y linderos..."

Con talante, para otros ensayistas que Dickmann, en los albores de la segunda guerra mundial. Un pequeño "caso Dreyfus" a orillas del Plata. Hacia 1939 Dickmann había intervenido en una investigación parlamentaria que establecía vínculos entre ciertas logias nacionistas criollas y las actividades nazis en Argentina (los periódicos *Pampero*, *Crisol* y *Clarín*), concentrados semillerios de aquella fauna cretacea). Los intelectuales del Orden, ensayistas ligados con las prácticas histográficas, como Enrique P. Osés, intentaron desmentir los nexos del nacionalismo argentino con el nazismo acusando a Dickmann de "upo cabal de extranjero enquistado como un cáncer en el organismo argentino". Siguió ese periodista director de *Pampero*, el nacionalismo argentino era un movimiento que propugnaba un gobierno "cuyo primer acto sea la expulsión de todos los judíos", tal como lo consignó en el prólogo a la obra de un caracterizado historiador revisionista.³

Ese peripécio socio-racial latió en numerosos ejercicios de la ensayística histórica. En capítulos yuxtapuestos de una epopeya narrativa otoño-expansiva, los judíos digitaban las actividades de partidos políticos, complotaban las redadas, las grandes diarias se infiltraban en las oficinas públicas, en el parlamento y en los dominios de la cultura, fomentaban procesos judílicos escandalosos, aherriaban la memoria colateral de la nación al difundir una teoría liberal de nuestra historia y, por vía de Inglaterra, era "la aguja de la inyección por donde el tóxico juicio se introduce en la savia nacional". Este suscito glosario de calamidades, instalado en el centro del debate histórico, trajo consigo una infinidad de años tristes y ajenos a la lucha de clases. Examinemos brevemente algunas variantes por las que transitó la letanía histórica que nos legaron los restauradores nacionalistas de Clio.

Desde 1890, cuando la crisis hace aflorar sus primeros brotes, hasta los años treinta, cuando la *intelligentsia* nacionalista atribuyó a los judíos las razones de la posturación del país, el antisemitismo fue uno de los elementos decisivos para la construcción de una historia nacional basada en la hipótesis de "la gran conspiración".

Una versión conspirativa de la historia nacional

El antisemitismo, la historia y la cólera de los dinosaurios

Alberto Bozza

Desde 1890, cuando la crisis hace aflorar sus primeros brotes, hasta los años treinta, cuando la *intelligentsia* nacionalista atribuyó a los judíos las razones de la posturación del país, el antisemitismo fue uno de los elementos decisivos para la construcción de una historia nacional basada en la hipótesis de "la gran conspiración".

Ya el antisemitismo en la Argentina se había insinuado con relativo vigor como una respuesta aristocrática burguesa en coyunturas de tensión social. Un brote reducido, en 1890, durante la crisis financiera, quedó retratado en la novela *La bolota de Martel*, que generosamente difundió *La Nación*. Pero la expansión más virulenta acompañó a la represión estatal y parapolicial, ejército y Liga Patriótica, como proletariado de Buenos Aires, en 1919, durante

te y después de la "Semana Trágica". En las agitadas jornadas del terror blanco se propagó el estigma "judío-comunista", con el que los escritores de Carlos peregrinaron a los militantes organizadores de la clase obrera. Una vez que la derecha se apropió de este temible propagandístico ("los judíos artífices de destrucción y explosión"), diversos mecanismos de transmisión se encargaron de trasladarlo, con armadas magónicas en sectores nada despreciables de la

opinión pública"; especialmente en cierto lector medio (medio energumeno debíramos decir) de la pequeña burguesía argentina. Un público afecto a las explicaciones simplistas y maniqueas de la complejidad del proceso social, amante de las teorías conspirativas de la historia, crédulo en el poder omnímodo de toda clase de sectas, devoto del optimismo y de los peores productos de la literatura comercial y envilecida. En los años treinta, el antisemitismo había adquirido carta de ciudadanía y era proyectado en ciertos ámbitos de la cultura del "Gran Comunicador", por ese entonces fue el escritor ultracatólico Gustavo Martínez Soler, quien comenzó a combinar con el ala de Hugo West. La obra de West osciló entre los territorios de la literatura y la historia, con consecuencias desfavorables para ambos estamentos de la cultura. La trayectoria y el rédito comercial de este cruzado reaccionario estuvo íntimamente vinculado con la irradación del antisemitismo en la cultura de masas y con las expectativas temporales en la que pretendían huir la especulativa conjura.

En la cultura popular, el antisemitismo se manifestó en la "Semana Trágica". En las agitadas jornadas del terror blanco se propagó el estigma "judío-comunista", con el que los escritores de Carlos peregrinaron a los militantes organizadores de la clase obrera. Una vez que la derecha se apropió de este temible propagandístico ("los judíos artífices de destrucción y explosión"), diversos mecanismos de transmisión se encargaron de trasladarlo, con armadas magónicas en sectores nada despreciables de la

I. La Gran Explicación

El entrantado histórico construido por los escritores nacionistas rebatía a la Argentina como una nación explotada económica y financieramente por una fantasiosa casta de judíos privilegiados. Lo que estos historiadores incriminaban al pasado, otros publicistas lo agitaban en el presente. En 1933 la revista clerical nacionista *Criterio*, en la cual colaboraban historiadores como los Irazustaga, Gálvez, El Palacio, V. Sierra, Ruiz Guifazú, García, etc., diagnosticaba en tono genérico alarmista que la Argentina sufría "la implacable penetración

de Dickmann, en los albores de la segunda guerra mundial. Un pequeño "caso Dreyfus" a orillas del Plata. Hacia 1939 Dickmann había intervenido en una investigación parlamentaria que establecía vínculos entre ciertas logias nacionistas criollas y las actividades nazis en Argentina (los periódicos *Pampero*, *Crisol* y *Clarín*), concentrados semillerios de aquella fauna cretacea). Los intelectuales del Orden, ensayistas ligados con las prácticas histográficas, como Enrique P. Osés, intentaron desmentir los nexos del nacionalismo argentino con el nazismo acusando a Dickmann de "upo cabal de extranjero enquistado como un cáncer en el organismo argentino". Siguió ese periodista director de *Pampero*, el nacionalismo argentino era un movimiento que propugnaba un gobierno "cuyo primer acto sea la expulsión de todos los judíos", tal como lo consignó en el prólogo a la obra de un caracterizado historiador revisionista.³

Ese peripécio socio-racial latió en numerosos ejercicios de la ensayística histórica. En capítulos yuxtapuestos de una epopeya narrativa otoño-expansiva, los judíos digitaban las actividades de partidos políticos, complotaban las redadas, las grandes diarias se infiltraban en las oficinas públicas, en el parlamento y en los dominios de la cultura, fomentaban procesos judílicos escandalosos, aherriaban la memoria colateral de la nación al difundir una teoría liberal de nuestra historia y, por vía de Inglaterra, era "la aguja de la inyección por donde el tóxico juicio se introduce en la savia nacional". Este suscito glosario de calamidades, instalado en el centro del debate histórico, trajo consigo una infinidad de años tristes y ajenos a la lucha de clases. Examinemos brevemente algunas variantes por las que transitó la letanía histórica que nos legaron los restauradores nacionalistas de Clio.

II. La Gran Infiltración

Proyectada sobre el pasado, la iniciativa de los dinosaurios bregó por convencer a los lectores que en nuestra historia existía una "cuestión judía". La misma, dentro de una prédica alarmaista, afectaba a los más despreciables de la realidad. Según esta concepción, en sincronía casi perfecta con las teorizaciones hitlerianas, las superestructuras políticas, ideológicas y judiciales de nuestro país eran campo fértil para el avance disímil de los judíos. No faltaron oportunidades para que estas disquisiciones históricas atormentaran el debate político de la Argentina. Una manifestación concreta de este sindrome se gestó en torno a la labor parlamentaria del diputado socialista Enri-

III. La Gran Asonada Roja

En ocasiones los estereotipos prohibidos por esta historiografía prestaron un honroso servicio a las clases propietarias argentinas, a protecidos intereses capitalistas afincados en la cultura liberal de nuestra historia y, por vía de Inglaterra, era "la aguja de la inyección por donde el tóxico juicio se introduce en la savia nacional". Esta suscito glosario de calamidades, instalado en el centro del debate histórico, trajo consigo una infinidad de años tristes y ajenos a la lucha de clases. Examinemos brevemente algunas variantes por las que transitó la letanía histórica que nos legaron los restauradores nacionalistas de Clio.

Notas

¹ Ramón Doll, *Por una conciencia rota de los países*, en *Obraje*, Biblioteca del pensamiento nacionalista, vol. 1, Buenos Aires, Diccion, 1975, pp. 384-385.

² Criterio, pág. 289, 14.9.1933, p. 30.

³ R. Doll, *La Doctrina Drago, chapetonada cara*, en op. cit., p. 123.

⁴ R. Doll, *Hippolyte Irigoyen: un jefe alejado del trono*, en op. cit., p. 107.

⁵ Enrique P. Osés, *Estudio preliminar*, en R. Doll, *Obras cit.*, p. 189.

⁶ R. Doll, *El servicio secreto inglés al juicio Dreyfus*, en op. cit., p. 199. Véase también Carlos Stefan Soler, *Resumen comparado el juicio Dreyfus*, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manual de Rosas*, vol. 2, 3-2, agosto 1973, p. 149.

⁷ Federico Ibarburgu, *Orígenes del nacionalismo argentino*, Bs. As., Calicota, 1970, p. 70.

⁸ R. Doll, citado por F. Ibarburgu en *Orígenes...* cit., p. 71.

⁹ Joaquín Diaz de Vivar, "El espíritu nacional", en *RHEJIMR*, núm. 7, julio de 1941.

Los modales de la civilización occidental

Una sociología en el exilio

José María Pérez Gay

Con retraso, ya circula en las librerías porteñas la edición en español de una obra

magistral de Norbert Elías. *El proceso de la civilización* (Madrid, FCE, 1987) nos introduce en el fascinante ritmo de evolución de los modales de mesa en la civilización occidental para descubrir detrás de ellos las exigencias sociales que dinamizaron sus cambios. Quiérase o no, el proceso civilizatorio supuso una represión drástica de todas las pulsiones afectivas del individuo. Apoyándose en elementos de la tradición marxista y en las reflexiones del Freud del "maletar en la cultura", Elías reconstruye la historia subterránea hecha de nuestras pasiones e instintos deformados y reprimidos.



go o padecer—, las otras serán siempre extrañas y bárbaras. Y ese sometimiento debió haber hecho posible la identificación entre algunos grupos, principios o cortesiales, el nacionalismo de nuestras pasiones y afectos. Lo que los psicoanalistas han llamado *internalización* refiere a un momento de extrema cohesión social en el que la administración social de las pulsiones prueba su eficacia. El desarrollo de los órganos del poder político corresponde también a una creciente autocorreción de los individuos. La vergüenza es la pena que daña nuestra propia estima civilizada, y su enemigo es el impudor, el individuo que no ha entrado por el arco civilizatorio. La historia del pudor civilizado es la crónica de varias costumbres, los cambios de nuestras necesidades estéticas, sonros los moscos y escupir gargaros, tirarse un pedo, la conducta secreta de las alcas. Más dejado es el uso del cuchillo en la mesa por haber sido tan tenaz, por haberlo ensombrecido siempre el recuerdo de una muerte inminente. Si volvemos de nuevo a este cuadro, encontramos no sólo la cortesía, sino el desafío, la enemistad y el odio. El miedo se combate con la seguridad de la

moral, goberna ese trayecto civilizatorio. El caballero atropella por vigor no por maldad.

Un poco de historia: La sociedad contemporánea sufre cambios decisivos a principios del siglo XVI, que Elías ha visto como resultado de los nuevos hábitos cotidianos, de la aplaudatoria civilizada. Si se compara cualquier corte europea del XVII con la del rey Wenceslao (1378-1419), el monarca checo, el mismo cardenal Richelieu es un angel civilizado. Johann Dwyer, embajador del reino de Hannover ante la corte de Wenceslao, refiere friamente los hechos. Wenceslao, un político avezado y hábil, así vivo al cocinero de la corte por haber preparado mal algunos manjares. En otra ocasión, aburrido por el ocio, mandó llamar al verdugo porque deseaba saber lo que sentía un hombre en el momento de ser decapitado. El rey descubrió su cuello, se vendó los ojos arrollándoles, y ordenó al verdugo que lo decapitara; pero el laçay tocó el cuello del monarca con la punta de su espada. Luego Wenceslao quiso saber lo que sentía un hombre que decapitaba a otro. Ordenó al verdugo que se arrodillara, le vendó los ojos piadosamente, tomó la espada y le cortó la cabeza de un solo tajo. Mez es después—escribe Dwyer—una matanza en junio de 1413, cazando por los bosques de Bohemia, Wenceslao tropezó con un monje. Rodeado de su corte, el rey tensó el arco y disparó la flecha; el monje se desató en el río, iconos y costumbres de la vieja, antiguísima tradición judía. Atrapar y consumir ese ensamblaje fue la clave que permitió a Chagall ocupar un lugar único, particular, discutible en algunos aspectos, pero intensamente valioso, en la pintura de este siglo. Pero si el primero de esos componentes se va instalando en las estructuras del pintor al compás de su aprendizaje de la estética de la época *in situ*, el segundo, en cambio, brota de la memoria, porque no quiso confiarle al monarca los secretos de confesión de su esposa.

El *proceso de la civilización* ha dado lugar a varias equivocaciones, se ha visto como una curiosa y sorprendente colección de anécdotas históricas. Fuera de esos comentarios de orden general, Elías ha resarcido en los detalles cotidianos un proceso de cambio que llevó al nacimiento de la civilización occidental. Y ese proceso civilizatorio se muestra tanto en el cambio de nuestros modales en la mesa como en la transformación de nuestras pulsiones agresivas, tanto en los laberintos psíquicos como en la formación de los estados nacionales. Como quiere, donde Elías nos describe en veridad los procesos sociales, como actividad cotidiana o facultad aparte de la teoría, es en la descripción de la dinámica de Occidente: el carácter inseparable de ese proceso—imposible de planificar—impide la jerarquización de los espacios que investiga, y que la teoría sólo recupera después mediante una lectura rigurosa. Norbert Elías ha puesto—hacía más de treinta años—la primera piedra de un edificio que afortunadamente construyen la historia y la etnopsi-

quiatría. En sus ramificaciones más finas, la teoría sociológica no conoce límites; así, cuando llega a la descripción de las costumbres, tiene que acudir en remedio a consideraciones históricas. Elías ha venido adelantándose a ciertas perspectivas de investigación que ahora comienzan a desarrollarse, como la historia de la infancia en Occidente. En 1936, proponía estudiar—en base a ciertos documentos—la historia y el descubrimiento de la infancia en relación al descubrimiento y desarrollo—casi simultáneamente—de instrumentos para medir el tiempo, y los cambios que implicaban para nuestra conciencia. Elías es uno de los primeros sociólogos alemanes en quien el análisis se vuelve narrativa viva, y la casuística documental literatura. Después de él, caemos por años en las consideraciones teóricas y preceptivas de Talbot Parsons, en los cánones y en las definiciones abstractas del funcionalismo norteamericano. Para Elías, el proceso civilizatorio no puede subsumirse dentro del esquema marxista, estructura-superestructura, ni en el espacio de la ideología. Ha sido Sigmund Freud quien planteó el ne-

xo entre el proceso de la civilización y la reposición de nuestras pulsiones. *El maletar en la cultura* reclama para sí el título de primer ro entre los libros en torno a la civilización, por haber acabado con la idea de que la psique humana había permanecido inalterable a través de la historia. Freud destinará para siempre la creencia de que el progreso de la sociedad occidental era la continuación de la obra de Dios en el mundo; revela cómo el sacrificio de nuestra vida instintiva, de nuestra pulsiones más recónditas, permitió la creación del espacio público, esa zona en la que los compromisos y la autocorrección, la disciplina y el control, las satisfacciones sustitutivas y la represión de la espontaneidad han sido extendido universalmente. Sin embargo, Norbert Elías ha saltado por encima de una psicología individual colectivizada; no sólo investiga la evolución de un super-y gigantesco, sino que va hasta la estructura social de las pulsiones. En *El maletar en la cultura*, Freud compara nuestro pasado pasajero con el pasado de una ciudad, Roma, la analogía debió servirle como punto de apoyo “para representar espacial-

mente la sucesión histórica”. Elías procede en sentido contrario: compara la red de relaciones entre los individuos a lo largo del proceso civilizatorio con la red de tránsito en las ciudades: es decir, compara espacios para explicar lo histórico.

A la precociación documental de Elías, su apoderamiento de los asuntos concretos, su capacidad para situarse en la época sin perderla de vista ni disimular en generalidades, ha hecho de *El proceso de la civilización* una obra que precede a la etnología y psicología históricas tan de moda en nuestros días. Theodor W. Adorno y Max Horkheimer escribieron, a principios de los cuarenta, en su libro la *Diáctica de la Ilustración*: “Bajo la conocida historia de Europa corre otra subterránea, una historia que ha sido hecha de todos nuestros pasiones e instintos deformados y reprimidos (...). La liberación del individuo europeo, la victoria de la ilustración, ha sido posible mediante un cambio civilizatorio; un cambio que ha ido destruyendo al individuo liberado en la misma medida en que la coerción

externa desaparece, en la misma medida en que la autocorrección se impone bajo el signo del verdugo”. Más allá de tanto y tan pedante estrecho teórico en la sociología contemporánea, la verdadera vitalidad de esa disciplina parece encontrarse—y lo prueba el caso de Norbert Elías—in las márgenes del rígido academicismo, en esa zona de existencia que desconfía lo mismo del empirismo puro que de la teoría cosificada.

Obras de Norbert Elías en español:

La sociedad cortesana, México, FCE, 1982

Sociología fundamental, Barcelona, Gedisa, 1982

La soledad de los moribundos, Madrid, FCE, 1987

El proceso de la civilización, Madrid, FCE, 1987

Humanum conditio, Barcelona, Península, 1988

Los signos de dos tradiciones

Chagall, el pintor errante

Cuqui Driben

Marc Chagall (1887-1985) apostó a insertarse con su obra en dos grandes vertientes culturales, grandes aunque disímiles, no obstante su común punto de origen en la remota Palestina. Una de esas corrientes es el arte moderno que nace a la par del siglo XX aunque guarda indudables lazos de continuidad con el arte occidental todos los tiempos. La otra debe buscarse en los ritos, iconos y costumbres de la vieja, antiguísima tradición judía. Atrapar y consumir ese ensamblaje fue la clave que permitió a Chagall ocupar un lugar único, particular, discutible en algunos aspectos, pero intensamente valioso, en la pintura de este siglo. Pero si el primero de esos componentes se va instalando en las estructuras del pintor al compás de su aprendizaje de la estética de la época *in situ*, el segundo, en cambio, brota de la memoria, vale decir, de un sitio que no está presente.

De manera un tanto metafórica puede decirse que Marc Chagall realizó una versión actualizada del juicio de Herodes. Desde 1910, año en el que se trasladó por primera vez a París, hasta su muerte, el artista vivió y vivió a la sombra de ese período de seis años, entre 1914 y 1922. De ese período el tiempo se divide en tres etapas: Bretón (Rusia Blanca), su ciudad natal. Lo demás es exilio—Francia, Alemania—y exilio: la Segunda Guerra lo obliga a trasladarse de Francia, donde en 1937 pierde la nacionalidad francesa, a Nueva York, ciudad que por entonces comienza a perfilar como el primer centro de la plástica internacional, y aquí una trágica coincidencia: Chagall llega a Nueva York el 23 de junio de 1941, justo el día en que Alemania ataca a Rusia. En el contexto de un destino casi constante emerge el rostro iconográfico de la memoria que atraíva su obra. En "Autour d'âge" por ejemplo—pintado en 1945 que integra la exposición presentada por el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires—se observa un retrato urbano en vivo, de la imagen total. El artista no renuncia a ese recurso formal para adecuarlo a la particular significación de la memoria que atraía su obra. En "Apóstol" (1945) que integra la exposición de Chagall en el Teatro Colón, se muestra entre los dos corrales: la metáfora plástica y el relato tradicional; su obra es tensa—distendiendo los similitudes—y distendiendo ambos niveles. Y la distensión se produce no sólo por el marcado, decidido anclaje en lo referencial—al punto tal que los iconos judíos, fáseas candelabros de siete brazos, tablas de la ley, samarrejas, violines, fisionomías judaicas, etc., adquieren un valor emblemático—sino también por el empleo de detalles ornamentales, transparentes joyas y colores luminosos, muy atractivos. Todo estos rasgos colocan a la

pintura chagalliana casi en el límite de lo decorativo.

Si bien en la historia de la comunidad judía mundial la pérdida—pérdida de la tierra originaria y de los territorios europeos posteriores—resulta un significado esencial que genera nuevos significados de sufrimiento y dolor, los cuadros de Chagall anteriores a la Segunda Guerra eligieron el costado festivo de la vida judía. Pictóricamente, ese aspecto festivo se expresa a través del color, muy luminoso, y de la conformatión ligera, expansiva, airada, que asumen las estructuras. Los canarios jardinos constituyen una mezcla de densa, honda alegría y lamento. La musicalidad que affora desde el tejido formal en los cuadros realizados por el artista antes de la Segunda Guerra, deja afuera el lamento. En cambio, cuando el pintor aborda las escenas bíblicas pintadas después de la contienda, los colores brillantes se mezclan con una leticia blanda, grave, más trágica. La camadura total de la composición, intensiva, se torna más pesada con menor densidad dramática y menor dinamismo, menor diversidad de líneas en fuga.

Chagall ocupa un lugar único en la historia del arte moderno porque su obra conserva un espacio en el que se convocan tradiciones y reuniones los ritmos de las grandes tradiciones culturales de Occidente, la judía y la cristiana. La Tora y la Cruz, como paradigmáticas columnas en las estructuras del pintor. Tal vez por eso, el Museo Nacional Mensaje Bíblico Marc Chagall fundado en 1969 por De Gaulle y por André Breton, es el único museo dedicado a Chagall en un artista vivo. Tal vez también el artista recibe el encargo de construir las vitrinas para las catedrales de Reims y Metz, junto con los decorados de la Ópera de París. Se trató, sin duda, de un reconocimiento a la calidad y la originalidad que, por suerte, llegó antes que la muerte, en la pacífica Saint-Paul de Vence, a los 98 años.

El tiempo de la democracia

Pietro Barcellona

Por qué es necesario profundizar las nociones de igualdad formal y de

Estado de derecho. Después de la revolución francesa: el predominio lo jurídico y el papel de la decisión política constituyente. Volver a pensar en Tocqueville. Conjugar democracia y socialismo es una elección cuyo valor reside en asumir la responsabilidad de construir un nuevo orden de las relaciones humanas dentro del espacio conflictual que la democracia redefine continuamente.



Instrumento del poder invisible

Reducido el *derecho a técnica* de tratamiento igual, homólogo y homologante, su destino está marcado para ser instrumento del "poder invisible", que se organiza aparentemente en la esfera separada de la política.

Tal afirmación es doblemente verificable en el plano de la experiencia histórica. Por un lado en el desplazamiento del formalismo jurídico de la igualdad en *droit* en el mero principio de legalidad pura (que significa poner todo en las manos del poder legislativo con la posibilidad incluso de leyes excepcionales que parecen destruir el mismo formalismo o por lo menos lo reducen a pura positividad de derecho); por el otro en el intento consciente de superar el formalismo del estado de derecho en el moderno *constitutionalismo* que vendo más allá de la estructura del legalismo positivo (y por tanto de la delegación de todo el poder a la fuente legislativa) ha intentado poner límites insuperables aun al propio gobierno de la ley (el supergargantismo de las constituciones modernas es un intento de superar la intrínseca debilidad de las formas jurídicas de la igualdad).

La experiencia de estas últimas décadas nos dice sin embargo que las constituciones no bastan si no son apoyadas por una movilización democrática permanente y por la construcción de nuevas estructuras de poder instaladas en la sociedad y capaces de realizar un control difuso. No deja de ser algo singular el hecho de que precisamente ahora los juristas parecen olvidar no sólo la gran lección en ciertos aspectos trágica de Carl Schmitt sino también lo que ha escrito —después de que terminara la Segunda Guerra Mundial— Piero Calamandrei sobre la vía legal de la ilegitimidad fascista, y Alessandro Baratta sobre la posibilidad ambigua de la legislación respecto de la legislación específica del nazismo en el campo del derecho penal. La tecnicidad del formalismo en realidad está inerentemente a la continua deformación de la legislación de emergencia. Así como hoy el formalismo jurídico está constantemente deformado por el plegamiento de la autoridad de la esfera jurídica al cálculo económico de los costos y de los beneficios o al funcionalismo sistemático (por lo demás Lohmann lo ha escrito con todas las letras, cuando afirma que el derecho moderno responde esencialmente a una estrategia oportunista que es absolutamente contingente, convencional y mutable; y que los mismos derechos fundamentales no son un mero reglamento de los límites entre esperas de poder que pueden ser continuamente sobrepasados). El articulo de la igualdad en *droit*, si es tomado por aquello que

funciona, o sea que no tiene a sus espaldas otra cosa que la contingencia del hecho o de la hipótesis, ella queda prácticamente a merced de la sustancia que remueve. La despersonalización se produce en la norma, pero no en la sustancia, ya que en la sustancia la contingencia que sostiene el artificio de la igualdad en *droit* es un hecho o es, más brutalmente, la revolución política que instituye el artificio. En última instancia, la política que se ha retirado a una esfera autónoma tiene la disponibilidad del orden jurídico y puede también suspenderlo y deformarlo.

La gran paradoja del '89 es precisamente ésta: la forma que la igualdad en *droit* pone en juego, como ha sido lúcidamente comprendido por el máximo exponente del formalismo y del normativismo, Hans Kelsen, es una forma débil porque ha abandonado, y no podía ser de otra manera, toda radicación en los derechos naturales. La forma del formalismo del derecho no es más y no puede ser la forma-sustancia de la época clásica (que expresa el bien, la verdad y lo bello); es una forma técnica fundada sobre una decisión, sobre la decisión política constituyente (que está colocada fuera del campo como *Grundnorm*) y por eso misma siempre a disposición de los cambios de aquella decisión y de quien en los hechos la puede tomar.

Si se olvida este origen, este singular entrelazamiento de la forma débil y de la igualdad formal, de su carácter artificial y de su dependencia de una contingencia no expresable, el formalismo jurídico corre el riesgo de convertirse en la metafísica de la conservación del Estado existente, y se lleva a cabo una impropia metamorfosis del artificio en una suerte de eterno natural. Es verdad que la igualdad formal quita visibilidad social en el sentido de la jerarquía formal a todo poder personalizado y reduce la disparidad de poder a pura contingencia, a pura acaecer interno a aquella forma que parece estar en condiciones de contenerla sin límites, pero precisamente por esto la forma jurídica tiende a conservar y a reproporcionar continuamente la disparidad de poder. La autonomía de lo político circunscrita por el formalismo jurídico que debería regular los límites respecto de los derechos intangibles de los individuos es la última instancia el triunfo "inombrado" de la política; es la tesis de posesión definitiva de la forma jurídica por parte de una política que ha llegado al punto extremo de neutralizarse continuamente para presentarse en la forma del precepto jurídico. La paradoja de una despolitización del conflicto que se realiza a través de un exceso de política. Una suerte de decisión última.



La potencia de la gran empresa

En los hechos el formalismo jurídico, cuando deviene, como es inevitable, en puro legalismo positivo, está destinado a convertirse en el garante de sentido único de las relaciones de fuerza marcadas por la mezcla de poder económico y de poder político que caracteriza al capitalismo maduro y la potencia social de la gran empresa que ha incluido ahora en su funcionamiento, no sólo el mercado sino también el saber y a la ciencia aplicada. La verdad es que el derecho no está en condiciones de defendérsela a sí mismo, y es bastante extraño que la sociedad moderna para defender su ausencia de fe esté forzada a fijarse en una autoridad externa que esgrime la igualdad jurídica en *droit* y el positivismo legalista no arriesga nunca a ser puesta en discusión en cuanto tal.

Sobre la base de estas consideraciones ya deberíamos apreciar evidente la razón por la cual considera-

mos ambigua la ecuación instituida entre estado de derecho y democracia. En realidad no existe del todo continuidad entre el formalismo jurídico del estado de derecho, el principio del legalismo positivo y la democracia, así como no existe continuidad y pacto de solidaridad definitivo entre capitalismo y democracia. La democracia no es en efecto asimilable a la forma liberal de la igualdad de derecho, o sea a la norma liberaldemocrática: es mucho más que una norma débil o una técnica de procedimiento. No casualmente Tocqueville, en una carta del 16 de mayo de 1868, se pregunta dramáticamente de dónde viene el carácter desmesurado, radical, casi loco y sin embargo poderoso y eficaz de los revolucionarios del '89. «De dónde viene esta nueva raza, quién la ha producido, quién la hizo eficaz y quién la perpetúa?» En la revolución francesa existe algo de inexplicable en su espíritu y en sus actos; yo siento —continúa Tocqueville— donde el objeto es desconocido pero no llega a descubrir el velo que lo oculta. Este objeto desconocido es la democracia, que es la única verdad posible en nombre de la cual se puede continuamente poner en discusión la decisión que rige el derecho, alcanzar de nuevo el lugar de quien decide. La democracia es en este sentido la memoria auténtica de la historicidad y contingencia de las leyes humanas. Es el extraordinario proceso por el cual las sociedades modernas pueden asumir totalmente la responsabilidad del propio orden. Como ha escrito recientemente Alain Caillé, «por miles de años las sociedades humanas creyeron ser producto de deseos o desiderios de antepasados divinizados. Las sociedades modernas creen ser hijos de la necesidad económica. Es posible que se aproxime el tiempo en que se ven finalmente, tal como son, órdenes efectivamente humanos que no derivan de otra ley o necesidad que no sean las que ellos mismo se dan.»

Este tiempo no puede sino ser el tiempo de la democracia, que no es el tiempo de la forma jurídica cristalizada en la igualdad en *droit* sino que es el tiempo de la posibilidad de adelante inquestionable de poder lograr el puesto de quien decide.

Por todo esto, tal como lo afirmó Berlinguer y fue refrendado en el documento aprobado en el reciente congreso del PCL, se puede decir que la democracia es un valor, sin caer no obstante en un retorno inesperado e inadmisible a los fundamentos jussuinalistas de los derechos del hombre. La democracia es un valor porque en el mundo de la ausencia de fundamento y del artificio realiza el derecho mínimo de cada uno de poder decidir el sentido de su propia historicidad. Pero precisamente por esto la democracia es inseparable del conflicto: es el retorno continuo de la contradicción y del carácter paródico de la política moderna, de su vocación al exceso y de la necesidad de su continua neutralización.

El conflicto que estructura la democracia lleva consigo inevitablemente el valor de la convivencia ya que ella de por sí consiste en la posibilidad de un orden infinitado y por lo tanto de un orden que se hace cargo de la pluralidad de las razones, de la posibilidad de que una gane y la otra pierda, sin por esto ser definitivamente negada. La democracia confía a sí misma la decisión de dejar fuera del conflicto los puntos no negociables, esto es, los que pertenecen a la sobrevivencia de las razones plurales. Por eso la democracia es también el antídoto para la apariencia de la despolitización tecnológica que parece dominar la fase actual del orden sistemático, y el único obstáculo a la teología económica del éxito y del crecimiento ilimitado. En estos términos la democracia no está necesariamente ligada a la economía de mercado y a la forma capitalista de produc-

ción sino que por el contrario ayuda a develar su carácter histórico y contingente.

Como escribió también Alain Caillé, la sujeción a la esencia material no es el destino de toda la humanidad desde sus orígenes. La teoría de los sujetos económicos y los órdenes económicos racionales es autoestructura porque es puramente tautológica. El cálculo económico permite medir la rentabilidad pero en ningún caso la productividad física y social pura, ya que el orden económico mercantil no puede nunca ser absolutamente universal, no obstante su pretensión.

En consecuencia, la afirmación de que la expresión "superación del capitalismo" es primitiva y burda tiene el mismo valor científico que la afirmación opuesta según la cual el capitalismo no puede ser trascendido. Así como no tiene ningún valor científico la afirmación de que sólo la economía capitalista de mercado puede garantizar la democracia y el pluralismo. La experiencia histórica muestra cuán lábil es esta solidaridad.

Pero, por otro lado, ni siquiera el socialismo puede ser considerado una consecuencia lineal ni las reglas del estado de derecho ni el puro proceso democrático. Se porque hemos vivido la experiencia de la involución autoritaria y del endurecimiento burocrático de las tentativas de institucionalización de regímenes socialistas, sea porque el socialismo es sólo una propuesta de organización de las relaciones sociales de producción y distribución distintas que debe ser decidida y compartida pero que no se puede deducir de ninguna premisa de hecho (o sea que no es para nada ni una evolución natural ni una evidencia lógica).

Conjugar democracia y socialismo es una elección, una opción, cuyo valor más grande está en asumir la responsabilidad de construir un nuevo orden de las relaciones humanas dentro del espacio conflictual que la democracia redefine continuamente. El valor de asumir la responsabilidad de poner en discusión el quién decide y cómo decide para proponer una solución distinta de los problemas del estar juntos, del reciproco reconocimiento de la individualidad sin por esto pensar en conciliaciones definitivas o en armonías sociales que se realizan de una vez por todas.

El socialismo es un desafío que se expresa a través de una lucha contra el orden existente y las jerarquías ocultas que la igualdad formal o el legalismo positivo continúan produciendo y conservando. El único nombre que debe ser evocado en esta lucha es el de las razones del *individuo social* que ha adquirido la conciencia de que la propia salvación no se puede realizar a través de la destrucción física del otro/otros.

© Rinascente. [Publicado en el n.º 7, 23 de febrero de 1989 y traducido por Jorge Tula.]

B

DE BENEDICTIS
GALERIA DE ARTE

ARENALES 1202
42 0958
1061 BUENOS AIRES

La sociedad entre el cambio o el abismo

La Argentina circular

Antonio Marimón

A I menos alguien anticipó lo que ocurriría: a un par de semanas del 14 de mayo, en el Club de Cultura Socialista, Manuel Mora y Araujo dijo que para ubicarse con ventaja en caso de un triunfo electoral de Carlos Saúl Menem. Una la buscaban y desataban tanto las huestes del alfonsinismo como ciertas filas del partido Justicialista, básicamente el sector renovador que se nuclea alrededor de Antonio Cafiero. Estos grupos querían, en esencia, rodear a Menem para imponerle un marco político más o menos común. La otra perspectiva, según el sociólogo liberal, era en cambio una confluencia del menemismo con la UCD y con la derecha militar; dicha opción, afirmó Mora y Araujo, era la más potable para el conjunto de las fuerzas armadas (se infería de esas palabras un compromiso de amnistía). Tal posibilidad, la cual sonaba entonces a ficción, fue la que por fin demostró un amplio contenido de certeza: como por obra de magia, el número uno de la fórmula del peronismo triunfador reveló una serie vertiginosa de acontecimientos inéditos: adoptó un desprejuicio programático de privatizaciones en el sector público, difícil de concebir en la tradición del movimiento creado por Perón, asoció a su proyecto al sector de la derecha que encarna la familia Alsogary, y aplicó un plan económico propuesto y llevado a la práctica por hombres del grupo transnacional Bunge y Born. Aquel anuncio previo a los comicios poseía verosimilitud.

Sin embargo, lo más asombroso de todo reside en la profusión de actos que, al mismo tiempo, son símbolos de que el país se encuentra estable en una etapa distinta a cualquier otra anterior; tal vez nunca se haya producido en la Argentina esa *nítida similitud* que la ubica ya sea en una situación de cambio, ya sea al borde de un abismo. Pese de ser justos, en un espacio como es el desprecio por las formas del sistema y por la transparencia de las instituciones, hay responsabilidad compartida entre los que se fueron y los nuevos en la Casa Rosada. Así, la inefrible dialéctica del tiempo, que se asentó sin pudores Alfonso y Menem en medio del procedimiento de traslado anticípato del gobierno, reveló no solo escaso respeto ni siquiera sigo pocos hacia la institución presidencial, sino que las ha dentro de esa débil democracia. El destino final del gobierno de Alfonso estuvo además paupedado por afirmaciones solenes y desmentidos de hecho, incluyendo la propia renuncia, sobre todo lo que el radicalismo debe a la sociedad, y se deba a sí mismo, alguna suerte de explicación. Salvo aquella frase de Juan C. Pugliese en su fugaz paso por el Ministerio de Economía, cuando habló de los "cuarenta especuladores" que activaban la corrida de shortistas hacia el dólar, nadie en el LCR se refirió con claridad a las responsabilidades propias en el proceso hiperinflacionario, pero también a las ajena con nombre y apellido, que sin duda existieron e involucraron a sectores importantes del gran empresariado que cambiaron de subilo el destino de sus depósitos financieros. Dicho silencio añade confusión e impotencia política, antes que sabiduría.

Mientras tanto, el nuevo mandatario se diría que no agota la imaginación de los argentinos: a pocas días de contar con la investidura de jefe electo del estado, él en persona —sí, él en persona— concursó a las oficinas del grupo Bunge y Born, de las que se llevó públicamente, aunque ya estuviese pactado anteriormente, un programa de ajuste económico y los funcionarios para aplicarlo. Primero Miguel Roig, vicepresidente jubilado del "holding", y luego Néstor Rapaport, para menos disimulo vicepresidente en ejercicio. Ese gesto vale para dos reflexiones: que una vinculación tan despejada de mediaciones entre un gobierno y una empresa, rasgo que puede ser premoderno o postmoderno según se lo interprete, es de una particularidad a la que no se animan ni siquiera las dictaduras, cualquiera sea su latitud. Y segundo, que la evidencia de que ese "holding" es Bunge y Born abre grietas en otros temas impensados para la mitología peronista. Si se recuerda el pasado, se verá que en la época belligerante de los mitos generados en la etapa del primer peronismo, dicho grupo ocupaba algo así como el segundo puesto en la escala, inmediatamente después del embajador norteamericano Spruille Braden, entre los enemigos declarados del general Perón. Más que la "oligarquía" o los grandes estancieros, Bunge y Born encarnaba la fuerza herida por la nacionalización del comercio exterior que llevó a cabo el peronismo: los grandes exportadores. Eso trazaba entre esta transnacional y el gobierno de una relación contradictoria insoluble, una fuente de odios. En la década de los 70, la política de recuperación de mitos y vindicaciones que practicó el terrorismo de Montoneros, junto a objetivos de financiamiento para su aparato militar, motivó el secuestro de los hermanos Jorge y Juan Born. De aquel acto delictivo Montoneros sacó a Bunge y Born 60 millones de dólares, una suma fabulosa para la época, y también —a cambio de la libertad de los secuestrados— otros gestos: no menos cariños de simbolismo, el reparto de productos alimenticios de empresas en las villas de emergencia y, sobre todo, la colocación de los bustos de Eva Perón en cada una de las oficinas de las casas que disponían el grupo. La leyenda dice que tales bustos todavía son visibles en patios o galerías secundarias de dichos establecimientos; nadie se animó a destruirlos porque la historia suele tener caprichos circulares. Aunque con un sentido inverso al de estos dramáticos antecedentes, uno de esos ejemplos lo produce hoy Carlos Menem, el odio anterior con Bunge y Born al abrazo actual. Debería agregarse que nadie responde del todo a la casualidad cuando se piensa que hace escasos días Antonio Cafiero e Isabel Martínez de Pérez inauguraron el primer museo con objetos personales del hombre que fuera fundador del justicialismo; sin duda, hay un ciclo histórico que está pasando a ser exacta pieza de museo, tal como las manos del viejo líder —cortadas de su cadáver por un actor terrorista— ya no serán más que signos de una iconografía contigua a una sonrisa célebre, o sea representaciones en los textos.

Pese a ello, se equivoca quien considera que Carlos Menem no está moldeado en la cultura del peronismo. Su confianza en las corporaciones como actores políticos proviene de ese cuño ideológico. La recurrencia, con sus patillas, al mito regional-nacionalista de Facundo Quiroga; el paternalismo y uso patrimonial del Estado para crear la estabilidad social; el sentido del tiempo para estar entre quienes abrieron la opción renovadora y después, desde los márgenes del aparato partidario, apoyándolo en grupos dispersos y en los reflejos movimentistas del peronismo, su habilidad para crear una alternativa interna propia, para invertir las alianzas, son todos aspectos de esa cultura en que los discursos siempre parten ambigüamente relativos y el dogma general lo cobija todo. También lo es el empleo estupendo del carisma; también la astucia que pone la acción en un lugar y las palabras en otro, pero con tanta sutileza como para que en esos desplazamientos nunca haya apariencia de fricciones. «Nunca habrá fricciones realmente?» En la campaña Menem habló de "salariozo", apeló a la memoria distributiva tan cara a las masas obreras argentinas; pero en el gobierno aplica un programa económico que solo tendrá sentido a condición de una contención del salario. En la campaña habló de derramar sangre para la recuperación de las islas Malvinas, no obstante en el gobierno abre pragmáticos canales de apertura con Gran Bretaña, como nunca se animó a hacerlo la administración radical, entre otras cosas por el chantaje de sectores de opinión nacionalistas muchas veces expresados por el peronismo. Asimismo, uno fue el lenguaje sobre la deuda externa en pasajes de la campaña y otro lo es ahora, con Alvaro Alsogary pilotando la negociación con la banca. En la campaña, en fin, Menem esquiva formulaciones programáticas serias, apela a la mitología peronista, despliega su atracción personal, explota el desgaste de los radicales, reitera frases como un predicador de los medios electrónicos. En el gobierno, concretas políticas que son a veces semejantes a las propuestas por su rival Angeloz, o que explicitadas no le habrían dado el voto de su base social de origen.

Un viejo eurocentrismo argentino llevaba a ciertas corrientes de opinión vulgar a distinguir los sucesos locales de los que ocurrían en "repúblicas bananeras" o en las ex colonias; tales distinciones perdieron entidad. De hecho, hoy se admite que algunas cosas, pese a las nostalgias eurocentrísticas, ocurrían en este país y nada más que en él, sin que haya ocasión de mirar distraídamente a otro lado. Pero no son esas las únicas señales de que esta sociedad pasa por un momento de inflexión, entre el cambio o el abismo. La pregunta fundamental reside en cómo soporlará la situación que va del tremendo caos hiperinflacionario en que se fue Alfonso al ferocísimo plan de ajuste de la economía que lleva a cabo, operado por hombres de Bunge y Born, el gobernador de Carlos Menem. Ahí está la clave, ya que si la hiperinflación se desata —entre

diversas causas— porque el Estado entró en quiebra, el aumento de las tarifas de servicios públicos decretado por Menem y Roig en un 600 por ciento, genera simétricamente una cadena tal de recesión y empobrecimiento que abarca a millones. Cabe estimar alrededor de diez millones de personas bajo la línea de miseria, sufriendo directa o indirectamente el desempleo y fuera del consumo, y muchos más de las capas medias que se acercan a ese umbral. Esto, en un país que carece de tradición de pobreza tan masiva ni posee estructuras para afrontarla, lleva a un punto de explosividad; tal punto es el que se transita. Habrá sido una política asistencialista que ya entró en escena, aunque es probable que haya también, simultáneamente, un férreo control desde los organismos de seguridad, sin excluir quizás a las fuerzas armadas. Es obvio que puede volver el uso de la represión estatal; también es probable el retroceso del espacio de la democracia. Si el programa económico, herramienta tan decisiva para Menem como fue el Plan Austral para Alfonsín, no establece pronto ciertas reglas, nadie podrá pronosticar el futuro. Y aun resta una amplia gama de incertidumbres: en el aspecto partidario, que sucederá con el peronismo luego del simbólico menemista; asimismo es preciso ver cómo emerge la UCR de la crisis posterior a la derrota en las elecciones, y si peronistas y radicales aportarán un poco de colaboración mutua; también qué hacen los sectores liberales no arrastrados por la familia Alsogary, y por último, cómo responde a esta situación la izquierda.

La debilidad de los partidos es hoy real y peligrosa; las corporaciones son las que dicen la música pero la violencia de la crisis también les crea a ellas un dilema: ¿hacan alianza o se pulverizan en disputas por intereses particulares? Desde ya, en la tragedia personal de Miguel Roig durante sus seis días de ministro influyó que no pudo articular una alianza y ningún sector empresarial aceptó pagar siquiera parte del aporte; todos lo trasladaron a los precios, de ahí el frenesí de remarcaciones a lo largo de la cadena productiva. Por otro lado, deberán pagarlos solo los asalariados, la pequeña burguesía y la clase media. Pese a estar fracturado y a la defensiva, el movimiento sindical —por la lógica de sus bases— tendrá que dar alguna respuesta, y tiene a verse acoso desde variados flancos. Saúl Ubaldini sentenció en su libro que lo que hace suponer que se acercaría su poder de liderazgo natural de los pobres. Si algo queda en claro de todo esto, dicho rápidamente, es que el conjunto de los actores sociales sin excepciones camina por el borde de la cornisa. Una reforma a fondo del estado y un doloroso ajuste de la economía eran y son imprescindibles, el tema es que la política económica poseen un fuerte, descarnado, profundo signo de dureza; se sustentan sobre quienes tienen menos, dejan sin horizonte a muchos y de un solo golpe. Falta saber si ahora la derrota en la Argentina puede ordenar lo complejo y organizar la sociedad sin aplazar a sus viejas armas: el terror o el autoritarismo.